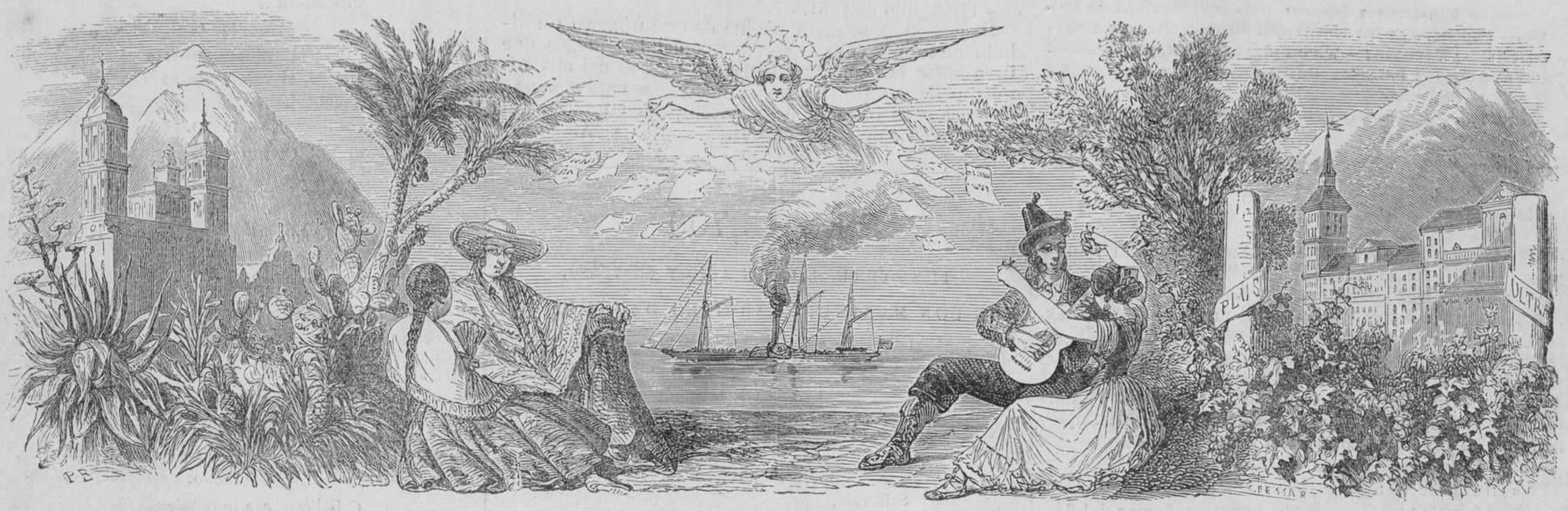
EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1861. — Tomo XVIII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

Año 20. — Nº 447.

ADVENIMIENTO DEL SULTAN ABDUL-AZIS; EL BESAMANOS.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

SUMARIO.

—

Advenimiento del sultan Abdul-Azis; grabado. — **El 15,700.** — **Presentes enviados por los reyes de Siam**; grabado. — **Fiestas en Roma**; grabados. — **Revista de Paris.** — **Espinosa de los Monteros.** — **Exposicion de 1861**; grabados. — **¡Todavia!** — **Tiro federal en Stanz**; grabados. — **Vista de los edificios de la Exposicion de Nantes**; grabado. — **Carreras de caballos en Montevideo**; grabado. — **Bolivia.** — **Revista de la moda.** — **Agosto**; grabado.

Advenimiento del sultan Abdul-Azis.

El advenimiento del nuevo sultan Abdul-Azis, hermano del difunto sultan Abdul-Medjid, ha hecho nacer las mas lisonjeras esperanzas en Turquía. El soberano actual promete reformas radicales en el pais, y si sus actos están en armonía con sus palabras, quizá haga entrar en las vias de la civilizacion occidental á ese vetusto imperio turco, que en el camino que ha seguido hasta aquí se halla amenazado de una próxima ruina. Hé aquí, como programa de su gobierno, el hatt imperial que ha promulgado al subir al trono.

« Mi ilustre visir Mehemed-Emin-bajá :

» Habiendo subido, segun los decretos eternos del Soberano Señor del universo, al trono imperial de mis gloriosos antepasados, os he confirmado, en vista de la fidelidad y sagacidad de que habeis dado tantas pruebas, en el puesto elevado del gran visirato, y he confirmado igualmente en sus funciones á los demás ministros funcionarios de mi imperio.

» Deseo que todo el mundo sepa que mi mayor anhelo es acrecentar, con el auxilio de Dios, la prosperidad del Estado y hacer la felicidad de todos mis súbditos sin distincion, y que he consagrado en toda su plenitud todas las leyes fundamentales que hasta ahora han sido promulgadas y establecidas con objeto de obtener este resultado feliz y asegurar á todos los habitantes de mis Estados la vida, el honor y el goce de su propiedad.

» Como nuestra ley sagrada, que es la justicia misma, es á la vez el eje de la estabilidad y el fundamento del esplendor de nuestro imperio, sus divinos preceptos nos dirigen en la via de la salvacion. Por eso quiero firmemente que se tenga gran cuidado en todo lo concerniente á su administracion.

» La conservacion y acrecentamiento de la gloria y bienestar de todos los Estados dependen de la obediencia de cada uno á las leyes existentes y de la vigilancia de todos, grandes y pequeños, en no traspasar la esfera de su derecho y deber. Que los que siguen esta via sepan que serán objeto de mi solicitud imperial, y que los que se aparten de ella estén seguros de que incurrirán en las penas que hubieren merecido.

» Ordeno perentoriamente á todos los ulemas, funcionarios y empleados en los diferentes ramos del servicio público que cumplan con sus deberes con entera rectitud y fidelidad.

» Con el auxilio divino y la union, con los esfuerzos ilustrados y la perseverancia de los altos dignatarios y funcionarios se realizan las grandes obras en los Estados. Adhiriéndonos á esta base inmutable, es decir, consagrando cada cual sus esfuerzos con rectitud y lealtad, llegarán al grado apetecido la regularidad y el buen órden en la administracion interior y rentística de nuestro imperio; por mi parte, dedicaré á ello toda mi solicitud y una vigilancia incesante.

» Los diferentes ministerios y administraciones habrán de conformarse estrictamente á los cuidados que dedique muy particularmente al objeto de poner presto, con la ayuda de la divina Providencia, término á las dificultades rentísticas que diversas causas han hecho surgir desde hace algun tiempo; y penetrado de la conviccion de que nada deseo personalmente tanto como restablecer y aumentar el crédito financiero del imperio y la prosperidad de mis pueblos, mi ministerio deberá someterme sucesivamente los proyectos de ley y de mejora propios para establecer perfecta economía en la cobranza é inversion de los fondos públicos y para preservarlos de toda malversacion.

» Mis ejércitos imperiales de mar y tierra son uno de los sostenes de la grandeza de mi imperio; mi gobierno velará por que se conserve su disciplina y aumente su bienestar en todos conceptos.

» Los esfuerzos de mi gobierno deberán tender á conservar y estrechar mas y mas las relaciones amistosas que existen entre el imperio otomano y las potencias amigas y aliadas. Los tratados existentes serán observados invariablemente con el mayor respeto.

» En fin, que en todos los ramos de la administracion tome cada uno por norma de su conducta los deberes sagrados de la lealtad, de la probidad, del celo y de la fidelidad del imperio. Téngase por advertido todo el mundo que ese es el último camino que ha de conducir á la dicha y á la salvacion.

» Tales son mis firmes deseos y mis órdenes. Quiero proclamar igualmente que mi voluntad en pro de la prosperidad de mis súbditos no admitirá distincion alguna, y que aquellos de mis pueblos de diferentes religiones ó razas encontrarán en mí la misma justicia, la misma solicitud y la misma perseverancia para asegurar su dicha. El desarrollo progresivo de los ricos recursos que Dios ha puesto á disposicion de nuestro imperio, los verdaderos progresos de bienestar que resultará de ellos, á la sombra de mi poder imperial, y la independencia de mi gran imperio, serán objeto de todos mis pensamientos.

» Que Dios, dispensador supremo de las gracias, nos defienda á todos con su poderosa proteccion.

» 1º de julio de 1861.»

Damos en la primera página de este número un dibujo que representa la ceremonia del besamanos que tuvo lugar en Constantinopla con motivo del advenimiento de Abdul-Azis, solemnidad que equivale á la prestacion de juramento que acompaña en Europa al advenimiento de los soberanos. X.

EL 15,700

PIEZA ORIGINAL EN UN ACTO Y EN VERSO,

POR DON MAXIMINO CARRILLO DE ALBORNOZ.

(Continuacion.)

ESCENA III.

DICHOS : ISABEL, IRENO.

IRENO.

Señores...

LUIS.

Yo me retiro... (á Lino)

LINO.

No te vayas, no me dejes. (á Luis)

IRENO.

Señor don Lino... palabra.
Perdone usté.

LINO.

(¡Tigre! ¡aleve!)
(Luis é Isabel hablan bajo)

IRENO.

Mi tio el señor marqués,
Que es nata de los marqueses,
Me ha dado la comision,
Enfadosa muchas veces,
De invitar á usté...

LINO.

Ya estoy;
Ya me supongo...

IRENO.

Usted debe
Dos meses y cuatro dias
De...

LINO.

(¡Santo Dios!)

IRENO.

De alquileres.
Poco importan á mi tio
Cantidades de esa especie;
Pero dice y con justicia
Sobrada, que los pretende
No por el huevo, sino
Por el fuero. ¿Usted me entiende?

LINO.

Lo entiendo; pero el dinero...

IRENO.

Supongo que está corriente.
Venga pues, y cuente usted
Con mi proteccion.

ISABEL, á Luis.

Sí, siempre;
Siempre, si usted con firmeza
Cual yo le quiero me quiere.

LUIS.

Esa duda me asesina.

ISABEL.

¿Se ofende usted?

LUIS.

Sí, me ofende.
(Siguen hablando en voz baja.)

IRENO.

¿Qué está usté hablando?

LINO.

Mañana...

IRENO.

Mas si el mañana no viene
Nunca.

LINO.

Sí, señor; ¡pues vaya!
¿No ha de venir? Prontamente
Llegará, y entonces... ¡ah!
Entonces... (Cristo te lleve.)

IRENO.

Pues, señor, esto está malo;
O nos paga usté al corriente
O la justicia al embargo
Procederá...

LINO.

(Buena suerte
Harias, si veinte reales
Sacabas).

IRENO.

Con que...

LINO.

La peste
Caiga sobre usté : del cólera
Se muera : tifus aleve
Le acometa...

IRENO.

¿Está usted loco?

LINO.

Y hasta la amarilla fiebre,
Sino le pago al instante
Que tenga con qué, ¿usted entiende?

IRENO.

Caballero, ese lenguaje...

LINO.

Lo que siento únicamente...

IRENO.

Usted me insulta...

LINO.

¿Quién, yo?

IRENO.

Usted nos debe dos meses
Y cuatro dias, y usted
Deja de tener presente
Que soy sobrino carnal...

LINO.

Pues! de su tio; así suele
Suceder, cuando por línea
Recta, los tios de entes...
Y los sobrinos de idem...
Y los diablos que le lleven,
Se unen para darle á uno
Un tabardillo.

IRENO.

Usted tiene
Nuestros timbres olvidados;
Usted no acata cual debe
Nuestros blasones, el título,
La sangre...

LINO.

Sí, sangre verde,
Rubia, violeta, castaña...
Vaya... y hasta azul celeste.

IRENO.

Usted falta...

LUIS, á Ireno.

¡Caballero!
Lino, ¿qué es esto?

LINO.

Que ese
Atun me tiene quemado
Y frito.

IRENO.

El hombre que debe,
Debe...

LINO.

¡Vaya una sentencia!

ISABEL.

Primo!

LINO.

Pues! y el que no puede
Pagar... no puede pagar.
La contestacion es breve.

IRENO.

En fin, no salgo de aquí
Sin realizar...

LINO, amenazándole.

Hombre... vete...
Mira que te mira Dios,
Que ya mi sangre se enciende,
Y te cojo y te estrangulo.

IRENO.

¡Socorro, favor! (corriendo hácia la puerta)

LUIS.

¡Detente!

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

IRENO.

¡A la guardia! ¡Francisquita!
Tiito, ¡que me acomete,
Que me mata! ¡ay!

LUIS.

¡Caballero!

LINO.

Déjalo; deja esa liebre.

ESCENA IV.

DICHOS: FRANCISCA, EL MARQUÉS.

MARQUES.

Horriblemente afectado
Subo al guardillesco piso.
¿Quién grita sin mi permiso?

FRANCISCA.

¡Papá!

IRENO.

Un hombre desalmado
Porque le pido el dinero...

MARQUES.

¿Le has dicho ya?

IRENO.

Que no era
Por el huevo.

MARQUES.

Una friolera...
No es por eso; es por el fuero.

FRANCISCA.

¡Oh, Ser Supremo! ¡oh Dios mio
¡Qué atmósfera se respira
Aquí! parece mentira...
¡Ay qué calor!

LINO.

¡Ay qué trio!
¡Pues puede la pobre hablar!

MARQUES.

No falte usted al respeto.
Esta niña es un objeto
A quien debe respetar.

LINO.

Sí, por lo cuca y lo feble
Y lo bien que ella se aliña.

MARQUES.

Repito á usted que esta niña
Es un objeto...

LINO.

Sí, un mueble.
¡Niña! ¡angelito!

MARQUES.

Usted va
Dando lugar...

LINO.

¡Linda joya!

MARQUES.

Usted quiere que arda Troya.

LINO.

Sí, por Elena! ahí está.

MARQUES.

Deslenguado.

FRANCISCA.

¡Por favor!
Papá, que me da el ataque.
Deje usted al badulaque.

MARQUES.

Al fin gente sin honor
Cuya desvergüenza inmensa...

LUIS.

Caballero, oígame á mí:
La gente que vive aquí
No es la gente que usted piensa.
Usted será de Castilla
Título, no importa nada;
Mas sepa que es gente honrada
La que habita esa boardilla.
Si mi amigo no pagó,
Porque no tuvo seria;
Si faltó... á presencia mia
Tambien el señor faltó.

IRENO.

No es cierto.

LUIS.

Yo nunca miento.

MARQUES.

Calla, Ireno; ahora no tienes
Voto; administra mis bienes
Y esto solo te consiento.
(A Luis.) En cuanto á usted, señor mio,
No le conozco por nada,
Por nada, y está excusada
Su conversacion.

LUIS.

Yo fio
Al señor.

MARQUES.

¿Tiene con qué?

LUIS.

Tengo.

MARQUES.

Pues daca.

LUIS.

Aquí no.
No llevo encima.

MARQUES.

Pues yo
Ahora mismo cobraré.
Ya de pedirlo estoy harto,
Venga mi cuenta cabal.

LINO.

¡Pero si no tengo un real!
¡Pero si no tengo un cuarto!

LUIS.

Isabel, diga usted á Lino
Que voy á traer dinero. (Vase.)

ESCENA V.

DICHOS, menos LUIS.

MARQUES.

Soy marqués y soy casero,
Y usted...

LINO.

¡Pues! el inquilino.
(Si llego á coger un palo...)

MARQUES.

Págueme usted.

LINO.

(Por quien soy...)
Ahora mismo á cobrar voy.

MARQUES.

Y yo ahora mismo me instalo
Aquí; ya no me retiro
Hasta que vuelva.

LINO.

¡Ay! ¡qué apuros!
(Cogiendo el sombrero.)
Si no me caen veinte duros
Siquiera... (me pego un tiro.)

ISABEL.

¿Se va usted?

LINO.

¡Sí, prima mia!
¿Y Luis?

ISABEL.

Quedó en volver...

LINO.

¿Sí? pues yo me voy á ver...

ISABEL.

¿Qué ha de ver?

LINO.

La lotería.

ISABEL.

Todo quedará en deseo.

LINO.

Pues, mira, yo tengo fe,
Que hoy el billete encontré
Y hoy tambien es el sorteo.
De estos terribles tormentos
Con poco, muy poco salgo.
¡Dios mio! ¡Que caiga algo
Al *quince mil setecientos!*

ESCENA VI.

DICHOS, menos LINO.

MARQUES.

Diga usted, niña.

ISABEL.

¡Señor!

MARQUES.

¿Usted es prima de ese hombre?

ISABEL.

Sí, señor.

MARQUES.

¿Y cómo vive
A su lado siendo jóven
Y no maleja del todo?

ISABEL.

(¡Qué perversos corazones!)

FRANCISCA.

¡Cosas de la plebe!

IRENO.

¡Claro!

MARQUES.

Sin duda su honor expone...

ISABEL.

¡Mi honor!

FRANCISCA.

¡Y tanto!

ISABEL.

¡Señora!...

FRANCISCA.

Pero hay gentes tan conformes
En hacer estos papeles
Ridículos...

IRENO.

Y aun atroces.

ISABEL.

Señores, por Dios suplico
A ustedes, que no se mofen
De mi desgracia; soltera
Y huérfana, aislada y pobre,
Con una madre arruinada
Quedé; sus horas veloces
Fueron para mí; al sepulcro
Bajó, y al morir dejóme
En poder de este pariente
Que aun con serlo se propone
Darme la mano de esposo
En cuanto pueda.

MARQUES.

¿Y se pone
Coloradita por eso?

FRANCISCA.

Mucho indican sus colores.

IRENO.

¡Es claro!

ISABEL.

Me voy de aquí.
(¡Oh! ¡qué insultos tan atroces!

ESCENA VII.

LOS MISMOS: DON LUIS.

LUIS.

Ya de vuelta estoy acá.
Pero, ¿qué es esto? ¡Isabel!
¿Usted llorando?

ISABEL.

¿Quién?... ¿yo?...

LUIS.

¡Tambien pálida! ¡tambien
Turbada! ¿qué es esto, amiga?
¿Qué le ha sucedido á usted?
¿Podrá ser que estos señores,
Faltando á la buena ley
Del decoro?...

MARQUES.

Señor mio,
El indecoroso es él.

FRANCISCA.

¡Papá!

IRENO.

¡Detente!

MARQUES.

Lo he dicho,
Y lo digo y lo diré.
En mi casa nadie el gallo
Levanta; ¡que voto á diez
Legiones!...

FRANCISCA.

¡Papá, no jures,
Que me asusto!

IRENO.

Tio, marqués,
No jures, que Francisquita
Se asusta.

(Se continuará.)

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

PRESENTES ENVIADOS POR LOS REYES DE SIAM A S. M. NAPOLEON III.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

EL PADRE SANTO DIRIGIENDOSE Á LA IGLESIA DE SAN FELIPE DE TODA GALA.

EL REGRESO DE LOS TRANSTEVERANOS DE LA FIESTA DEL *DIVIN'AMORE*.

PASEO DEL VENCEDOR EN LAS CARRERAS DE CABALLOS.

EPISODIO DE LA FIESTA DE LA *MADONA DEL CAMPO*, CERCA DE PALESTRINA.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Fiestas en Roma.

La fiesta de la *Madonna del Campo*, fiesta campestre como lo indica su nombre, tuvo lugar á mediados de mayo, época en que la campiña romana ostenta un lujo de verdura de que no tarda en despojarla el ardiente sol de junio. La fiesta se efectua bajo los muros gigantescos de una pequeña ciudad perfectamente situada, con buen aire y fresca sombra. Colocada en una altura á siete leguas de Roma y á cuatro de Frascati, esta ciudad llamada Palestrina, no es otra que la antigua Prenesta, donde Horacio en una de sus epístolas se felicita de poder leer tranquilamente á Homero, en tanto que su amigo el poderoso Lollius, tiene que estarse en Roma porque así lo exigen sus ocupaciones en el foro.

Pero Prenesta no era únicamente entonces como hoy un centro campestre muy á la moda; otro punto de relacion tenemos que notar entre la antigua y la nueva ciudad. Como tiene Palestrina actualmente, así tuvo Prenesta en tiempos anteriores un santuario frecuentado por muchos devotos, objeto de peregrinaciones muy lejanas; aquí se detienen las analogías. Aquel templo consagrado á la Fortuna por un monstruo vencedor de otro monstruo era de tal magnificencia y se hallaba cubierto además con tantos y tan ricos *ex-voto*, que decian «no se habia visto nunca tan afortunada Fortuna.» Este juego de palabras es de un diplomático de Atenas, un tal Carneades, á quien conviene dejar el honor que le corresponde. Otra circunstancia bastante curiosa es que aquel templo de la Fortuna llamado Fortuna prenestina, pasa por el último templo de los oráculos.

De ese maravilloso edificio levantado sobre los cuerpos de los infelices prenestinos degollados por Sylla, no quedan mas que grandes ruinas donde los habitantes mas pobres se han proporcionado unas viviendas, poco cómodas en verdad, pero muy pintorescas.

Del mismo modo, si en cambio de las antiguas solemnidades no tiene en el dia mas que la humilde fiesta cuya fisonomía general se ve representada en dos de nuestros dibujos, lo cierto es que acuden á ella muy contentos, y mal escaparia el Carneades que se atreviera á burlarse de su sencillez. El *contadino* romano es muy cortés, pero es igualmente muy susceptible, y suele responder á un epígrama sobre sus creencias, sus placeres y sobre todo sus amores, por el argumento *ad hominem* que llama una *coltellata*.

Si asistís alguna vez á la fiesta de la *Madonna del Campo*, ó á cualquiera otra, no dejeis de descubriros al paso de la procesion; mirad y admirad cuanto gusteis, pero con aire serio y modesto, á esas hermosas jóvenes de la *Colonna*, de la *Torre Nuova* ó de *Subiaco* que en nuestro dibujo se ven inclinadas sobre el terrado de una posada rústica; entrad sin temor en esa humilde *osteria* donde corre en abundancia el soso vinillo de *Orvieto*; pero cuidado con hacer gestos si probais el néctar; cuidado sobre todo con los lentes, y no os burleis del vencedor en la carrera ni de su caballejo. Portaos en fin como una persona de buena educacion, y saldreis sano y salvo de esas reuniones populares donde reina tanta cordialidad, sencillez y decencia.

Donde principalmente se debe seguir este consejo es en Roma cuando se atraviesan los barrios populares de los *Monti* y de *Trasteveri*. En la poblacion de este último sobre todo, la susceptibilidad comun á todo italiano (salvo los de Nápoles) se aumenta con la pretension de descender en línea recta de los antiguos romanos. El hecho es, que desde tiempo inmemorial los *transteveranos* establecidos en la orilla derecha del Tiber, no viven ni se casan mas que entre ellos, y que en esas condiciones, de las que resulta por todas partes el empobrecimiento de la raza, ofrecen ellos allí por lo general, el tipo de la antigua hermosura romana. Jardineros y hortelanos en su mayor parte, desdeñosos de las profesiones bajas, el orgullo de su carácter corresponde al de su actitud, á su manera de llevar la capa, y á esa mirada un tanto amenazadora que les ha merecido el sobrenombre de *Minenti*. Las transteveranas son de una hermosura en que domina el estilo mas bien que la gracia. Una particularidad notable de sus costumbres es la aguja en forma de flecha que atraviesa y sostiene las ricas trenzas de sus cabellos; es todavía la *cœlibaris hasta* de las recien casadas de la antigua Roma, llevada en memoria del rapto de las Sabinas. En una de nuestras láminas se ve á los transteveranos volviendo de una de sus principales fiestas; en el fondo se elevan las imponentes murallas de Roma. Como contraste sin duda, el artista ha puesto en primer término uno de esos buenos habitantes conocidos con el apodo de *paino*, que no ofrecen uno de los tipos menos curiosos de la poblacion romana.

Otro de nuestros dibujos representa una de esas pomposas ceremonias que tienen el privilegio de atraer á Roma un crecido número de extranjeros de todos los paises. Representa á N. S. P. el papa dirigiéndose á la iglesia de San Felipe con motivo de la fiesta de los santos apóstoles san Felipe y Santiago, que cae el 1º de mayo.

Los personajes principales de que se compone el cortejo del Sumo Pontífice son los camareros con su justillo de terciopelo encarnado, sus golillas y su espada; los camareros se reconocen en sus anchas botas, como los dragones pontificales en su casco adornado con las llaves de san Pedro. Finalmente los cien suizos se distinguen por su estoque, y sobre todo por su vistoso uniforme, que por extraño que pueda parecer, se debe nada menos que al lápiz de Miguel Angel.

A. DE B.

Revista de Paris.

El teatro imperial de la Opera de Paris ha sufrido esta semana una horrible desgracia; la mayor parte de sus decoraciones almacenadas en un establecimiento especial situado en la calle Richer ha sido presa de un voraz incendio que ha tardado dias en apagarse completamente. El fuego se declaró en la noche del viérnes último con tal intensidad, que desde luego hubo que renunciar á poner en salvo nada del inmenso material que contenia el edificio, y todos los esfuerzos se limitaron á preservar de los destrozos de las llamas las casas contiguas, lo que se consiguió al cabo de pocas horas, gracias al celo de las autoridades militares y civiles que acudieron á la primera señal del peligro, y gracias tambien al concurso de la poblacion parisiense. Al otro di los terrenos donde estaban construidos los almacenes no ofrecian mas que un conjunto de escombros humeantes: solo quedan en pié los muros del taller de pintura cuya techumbre de hierro se hundió, y el salon de la escuela de baile situado en el patio á la izquierda. Muchas de las casas próximas al lugar del incendio muestran señales de las llamas que amenazaron devorarlas.

Todas las decoraciones que no pertenecen al repertorio corriente, es decir, á las tres ó cuatro óperas que se ponen en escena este verano y que por consiguiente se hallaban en los depósitos del mismo teatro, han perecido en el incendio. Sin embargo, esta gran pérdida está atenuada por la circunstancia de que la construccion del nuevo teatro de la Opera exige que se renueve todo el material de explotacion que no podia adaptarse al nuevo escenario. Para la empresa, segun cálculos aproximados, es una pérdida de unos 400,000 francos; pero las construcciones incendiadas tocaban por todas partes á casas cuyos muros calcinados deberán ser reconstruidos, y se cree que este siniestro habrá ocasionado una pérdida total de cerca de dos millones.

En cuanto á la causa de él no ha podido determinarse todavía. Ciertos indicios hacen suponer que ha sido producido por la malevolencia, y que el fuego habria sido comunicado por un cohete lanzado desde fuera; pero las pruebas hechas para averiguar lo que haya de cierto en la suposicion, no han dado hasta aquí ningun resultado concluyente.

Lo que desgraciadamente parece muy positivo, es que se han cometido muchos robos; habia allí como una cuadrilla de malhechores que se extendió por todo el teatro del desastre. Estos individuos penetraban en las casas, se introducian en los cuartos, alarmaban á los inquilinos haciéndoles creer que ya tenian cerca el incendio, y se apoderaban de los objetos que veian á mano. Los inquilinos, deseando salvar lo mas posible, les dejaban marchar con lo que tomaban, y aun se lo agradecian considerándolos como libertadores. Hasta ahora la justicia no ha podido prender á ninguno de estos osados criminales.

Los periódicos de Lóndres nos traen noticias diarias sobre la causa seguida en esa ciudad contra el baron de Vidil por la tentativa de asesinato contra su hijo, de que hemos hablado á nuestros lectores en la última revista. Una circunstancia inesperada ha hecho temer un momento que vendria á sobreseerse en lo actuado: el hijo del baron de Vidil se niega á declarar contra su padre; pero á pesar de esta resolucion significada repetidas veces al juez, la causa entablada seguirá su curso de oficio. Decimos inesperada, no porque nos extrañe este partido tomado por el jóven, sino porque una vez que habia declarado por escrito, nadie esperaba sin duda que se negaria á declarar de palabra. Justamente tenemos á la vista su deposicion, que nos servirá para rectificar la relacion que hemos publicado.

Dice así este interesante documento:

«Habito en el número 4º, Duke street, Westminster, y soy hijo legítimo de Alfredo Luis Pons de Vidil, llamado ordinariamente el baron de Vidil. El viernes 28 de junio mi padre me invitó á que fuera con él á Claremont para hacer una visita á la ex-reina de los franceses; y en efecto, pasé un dia á Clarendon-Hotel, Bond street, donde encontré á mi padre, y de allí nos fuimos juntos á la estacion de Waterloo; un convoy nos trasportó á Twickenham, sitio en que nos esperaban dos caballos ensillados.

Fuimos á Claremont á hacer la visita proyectada.

A nuestro regreso, antes de llegar á una posada donde un sendero de atajo conduce á la izquierda, mi padre exclamó:

— Quisiera preguntar cuál es el mejor camino.

Esto me sorprendió, en atencion á que mi padre conoce perfectamente el terreno. Sin embargo no preguntó nada, y sin añadir una palabra mas tomo á la izquierda.

Entonces le dije yo:

— No comprendo que tomeis por aquí.

Y como mi padre me dijera que estaba indispuesto del vientre, yo le propuse que nos volviéramos y entrásemos en la posada. No habia nadie en el camino cuando entramos en él, pero no tardó en aparecer una mujer al otro extremo.

Mi padre me dijo:

— ¿Quieres tener mi caballo?

Y yo le pregunté cómo debia tenerle, no sabiendo si habia yo de permanecer á caballo ó apearme.

Por toda contestacion exclamó: «¡Deja!» La mujer asomaba ya, y nosotros nos volvimos al camino ancho.

Al pasar por delante de la posada, le aconsejé que tomara un poco de aguardiente.

— Gracias, me respondió, esa casa no tiene trazas de un buen establecimiento.

Por el camino continuó hablando de su dolor de estómago, y yo le dije que si lo hubiese sabido habria comido con él en Hampton, como me lo pidió, por lo cual me dió las gracias.

Luego me dijo que queria ir á visitar al duque de Aumale, lo que me extrañó despues de haberme hablado tanto de sus dolores de estómago.

El camino que conduce á casa del duque de Aumale lleva tambien al rio. Hay varios de estos caminos. El baron tomó el primero, y como yo le manifestara mi sorpresa, me respondió que ignoraba si habia salida al extremo de aquella via; no la habia en efecto, y tuvimos que volver al camino principal.

El baron tomó entonces el segundo camino que no conduce, como entrambos sabiamos, á casa del duque de Aumale. En fin, nos dirigimos por otra parte á la habitacion del duque de Aumale, y con gran extrañeza mia el baron no entró, pasó la casa y se metió por el camino que conduce á la izquierda, y cuyo extremo corre paralelo á la via principal antes de llegar á ella. Yo hice á mi padre una observacion sobre que no habia entrado en casa del duque de Aumale.

Habiamos andado ya un buen trecho, cuando mi padre me dijo que se habia engañado y se volvió. Yo me volví tambien sin pronunciar una palabra. Estábamos en un lugar muy sombrío; no ví á nadie cerca de nosotros; yo iba un poco delante del baron que se mantenia á la derecha.

Habia andado yo uno ó dos pasos cuando recibí un fuerte golpe en la cabeza. Me volví firme sobre mi silla y ví al baron con la mano levantada y armada con alguna cosa. Al punto me dió un segundo golpe y alzó de nuevo el brazo. Yo aprieto á mi caballo, y despues de haber corrido un rato, me apeo tranquilamente como de costumbre, y me dirijo hácia donde estaban un hombre y una mujer de pié; cojo á esta mujer por los vestidos y la suplico que me proteja.

El baron llegó detrás de mí á pié y muy encarnado. Habia saltado una puerta que habia á la izquierda, y como yo lo noté despues, se habia herido la mano en este ejercicio. El hombre que estaba con la mujer me tomó de la mano para llevarme á una posada. No queria que yo le tocara, porque tenia sangre; dije á la mujer que habia pegado de cabeza contra una pared, lo que no era verdad; pero se lo dije por miedo de mi padre; no me atreví á manifestar que era él quien me habia herido.

En la posada donde me hicieron entrar me bañaron la cabeza. El baron se ofreció para bañarme, y me preguntó repetidas veces cómo me encontraba. Yo no podia responderle, y le supliqué que no me tocara, porque estaba muy excitada mi sensibilidad.

M. Clarke llegó con su practicante y me vió. Vendó mis dos heridas, una en la frente y otra al lado de la cabeza. El baron salió repetidas veces del cuarto, y yo aproveché estas ocasiones para decir á M. Clarke que no me habia herido pegándome un golpe en la pared, sino que era mi padre quien me habia hecho las heridas. Le supliqué que viniera conmigo á la ciudad, y él envió á buscar un hombre que me acompañó.

Dije en la posada que mis bienes habrian pasado á mis tias y á mi primo. Yo nunca he sido casado. Si llegase á morir sin descendientes legítimos y sin hacer un testamento, mi padre heredaria unas 30,000 libras esterlinas. Creo que mi padre me ha herido con la intencion de matarme.

ALFREDO JOHN DE VIDIL.»

Tal es la declaracion escrita del generoso jóven que en el dia se niega obstinadamente á declarar de palabra el horrendo crímen de que está acusado su padre.

Hemos dicho que el baron de Vidil habia sido preso en el Jockey-Club de Paris, al que pertenece como miembro; hoy sabemos que se ha convocado para una asamblea general en la que se ha de resolver si debe aplicarse al baron el artículo 24 del reglamento del círculo que dice de este modo:

«En caso de infraccion grave á los reglamentos ó á las leyes del honor ó de la buena sociedad, el comité convocará una asamblea general que decidirá si debe excluirse del círculo al miembro culpable de esa infraccion.»

El resultado de la deliberacion no puede ser dudoso.

Un jóven autor dramático, M. Victoriano Sardou, muy conocido y muy aplaudido ya por varias producciones verdaderamente notables, ha dado al Gimnasio una nueva pieza titulada *Piccolino*, que se ha estrenado esta semana. En esta obra hay de todo, drama, comedia y aun sainete; el éxito de la primera noche ha sido un triunfo extraordinario.

El primer acto pasa en Suiza cerca de Lausana, en el seno de una familia virtuosa cuyo jefe es el pastor protestante Tidmann, que ha recogido y educado á una huérfana, la jóven y linda Marta.

Toda la numerosa familia de Tidmann se dispone á celebrar alegremente la Nochebuena, excepto Marta que no parece dispuesta á tomar parte en el alborozo general.

Desde hace algun tiempo la jóven ha caido en una negra melancolía cuya causa todos desconocen.

Sin embargo, el pastor, acostumbrado por el ejercicio de su profesion á leer en el fondo de los corazones, no tarda en arrancar á la jóven su secreto. Marta se ha dejado seducir por un pintor francés, que se halla en Roma y se llama Federico Davril, el cual la ha prometido volver para casarse con ella, y no se ha presentado. Marta, que no puede creer en su abandono, ha formado el proyecto de ir á reunirse con su seductor, y como supone fundadamente que nadie en la casa aprobaria su plan, aprovecha la víspera de Navidad para dejar aquella casa hospitalaria con direccion á la ciudad eterna.

Este primer acto que refleja las sencillas costumbres de la Suiza y las alegrías apacibles del hogar doméstico, fué muy aplaudido y predispuso al público en favor de la comedia. Desgraciadamente, preciso es convenir en ello, lo restante de la accion no corresponde á este feliz principio. Con el segundo acto comienza una série de intrigas, de incidentes extraños y de situaciones grotescas que disminuyen mucho el interés tan fuertemente excitado en las primeras escenas.

Federico Davril, el seductor de Marta, pasa su tiempo en Roma entregándose á calaveradas que le dan el renombre de un nuevo don Juan Tenorio. La jóven aparece en medio de una orgía, y para conseguir mejor sus fines está disfrazada de hombre y se ha dado el nombre de Piccolino.

Federico la recibe en su casa para que le sirva de modelo al mismo tiempo que aprende la pintura.

Una vez en el domicilio del pintor, el supuesto Piccolino no

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

se dedica á otra cosa que á desterrar de allí á todas las personas de mala vida que le frecuentaban.

Poco á poco Piccolino adquiere sobre su amo una grande influencia, lo que no impide que el jóven pintor se halle á punto de empeñarse en un mal negocio con el conde Strozzi, cuya hermana intenta seducir.

Aquí Marta, desalentada con aquella persistencia en el mal, juzga que no debe continuar haciendo de hombre; y en efecto, recobra sus vestidos de mujer y se da á conocer á su amante.

Federico siente renacer instantáneamente todo el amor que ella le habia inspirado en otro tiempo, y cae á los piés de la jóven, anunciando muy de veras esta vez que la toma por esposa.

Este es el argumento despojado de los incidentes mas ó menos extraños á la accion que se cruzan en ella, como hemos dicho ya, desde el principio del segundo acto hasta el desenlace.

Decir que esta comedia está escrita con gracia y con talento es cosa inútil, porque el nombre del autor lo declara suficientemente. Su flaco, á nuestro juicio, está en el fondo, no en la forma.

Ya que hablamos de teatros, terminaremos anunciando una brillante representacion que se está disponiendo en la Opera para el sábado próximo á beneficio de María Petipa antes de su marcha á Rusia. Segun las noticias que corren, además del baile recien estrenado que se titula el *Mercado de los Inocentes*, se bailarán algunos pasos nuevos por esa graciosa bailarina. Tamberlick vendrá á cantar el duo de *Otelo*, el terceto de *Guillermo Tell* y el aria famosa de *Don Giovanni*. Por último, completará este programa seductor el cuarto acto de los *Hugonotes*.

MARIANO URRABIETA.

Espinosa de los Monteros.

Salve villa que merece
La privilegiada honra
De dar los fieles guardianes
Al rey, mientras que reposa,
En muestra de la confianza
Que ha consignado la historia.
(Fragmento de un romance antiguo).

Hace mucho tiempo que me sentia aguijoneado por el deseo de conocer el pueblo que sirve de epígrafe á estas líneas. El interés que inspira naturalmente el pais de nuestros padres, se unia esta vez al que siempre excita un pueblo de recuerdos históricos gloriosos, cuyas proezas en la guerra con los moros dieron á sus montañas y á sus rios los nombres que hoy llevan y que repetidos mas tarde en la inolvidable lucha de 1808, han venido á poner el sello á la fama de valientes y esforzados á la par que de nobles y leales que de muy antiguo se conquistaron los hijos de Espinosa.

En efecto, pocos pueblos habrá en España de orígen mas ilustre, de tradiciones mas gloriosas, de lealtad mas acrisolada, de nobleza mas pura y mas antigua que las dos villas de Espinosa de los Monteros, y sin embargo, pocos acaso serán menos conocidos, y la razon de este desconocimiento es natural y sencilla. Espinosa es uno de los últimos pueblos de la dilatada provincia de Búrgos, y no parece si no que la Providencia ha querido rodearle de altísimas montañas y hasta aislarle del resto de los pueblos de la península para que sus hijos, de entre los cuales eligen los reyes de España á los fieles guardadores de su persona en las horas del sueño, no participen de la corrupcion del siglo, ni respiren el hálito emponzoñado de las pasiones y de la codicia.

Pero este aislamiento que ya va picando en imposible y absurdo y que opone una barrera inaccesible al desarrollo de su riqueza agrícola, empieza á ser la pesadilla de sus vecinos, que en la cruda temporada del invierno y cuando el camino abierto por la huella humana desaparece cubierto por la nieve, puede decirse que quedan absolutamente incomunicados de España y del mundo. Un camino de rueda desde Espinosa á Villasante ó Villalazara, camino que no tendria que prolongarse mas allá de legua y cuarto, y cuyo coste seria tan exíguo, que hasta podria cubrirse de los fondos municipales ya que no corriese por cuenta de los provinciales, mas obligados á ello, haria de las de Espinosa unas villas tan conocidas como merecen serlo, pondria á sus vecinos en fácil y directa comunicacion con los pueblos de la carretera y los de la provincia toda, facilitaria la exportacion de los trigos que hoy les sobran, encenderia en el pecho de los hijos de Espinosa la aficion al comercio, aumentaria el capital de los ricos, dándoles ocasion de hacerle productivo, aseguraria en los tristes dias del invierno el pan de los pobres, y atraeria sobre todo en verano gran número de expedicionarios á guarecerse de los rigores de la canícula á la sombra de sus verdes y elevadas montañas.

Por este camino, que regeneraria á Espinosa, suspiran hace años todos sus habitantes. Este camino es la esperanza, que al emitir sus votos electorales, depositan en el fondo de la urna; este camino les han prometido mas de una vez sus candidatos favorecidos, y este camino sin embargo no se realiza nunca. ¡Lástima por cierto, que así como se enorgullece Espinosa con producir monteros de su nombre, no haya tenido la dicha de servir de cuna á algun ministro de Fomento ó director de obras públicas.

No habiendo pues posibilidad humana de ir á Espinosa en vehículo, ni aun en un modesto carro de violin, el viajero procedente de Madrid toma la carretera de Búrgos á Bilbao y se apea de la diligencia en el pueblo de Villalazara, que se encuentra once leguas antes de llegar á la invicta y heróica villa. En el referido pueblo monta un caballo de los brios de Rocinante, y acompañado de un mozo que conduce sobre sus espaldas el equipaje, se dirige por un camino formado por la naturaleza, y trasponiendo por su falda los montes que ocultan á Espinosa á los ojos del mundo, llega en poco mas de hora y media á la histórica villa.

Espinosa de los Monteros, ó los dos pueblos que constituyen la villa de este nombre, está situada en uno de esos paisajes de cuya indescriptible y pintoresca belleza creemos dar una idea diciendo que son verdaderos paisajes suizos. Las altas montañas coronadas de árboles, el manto de verdura que tapiza su falda, los encantados valles que fecundiza el rio Pas y los accidentes singulares de aquella vegetacion potente y lozana, embeben de tal modo la atencion del viajero, que cada vez se asombra mas de que no se hayan hecho, no ya uno, sino cien caminos para llegar con facilidad á un sitio tan privilegiado por la naturaleza.

Aunque cuento en Espinosa no pocos parientes y muchos y muy buenos amigos, aficionado á esta clase de sorpresas, no quise anticipar á ninguno el anuncio de mi visita. Atravesé pues el pueblo sin otro guia que el mozo del equipaje, no sin temor de que mi aparicion causara alguna extrañeza en aquellas sencillas gentes, poco familiarizadas con el tipo del viajero. A medida que iba avanzando por las calles, fijaban mi atencion multitud de antiguas casas solariegas que patentizan con sus grandes escudos de armas la noble alcurnia de sus poseedores. La plaza que ostenta todavía en su lápida el nombre de *Don Sancho, soberano de Castilla*, ofrece un aspecto de grandiosidad que pueden envidiarla algunas capitales de provincia.

En sus soportales, formando arcos, se encuentran tiendas de comercio abundantemente surtidas, y en uno de sus lados se divisa en estado ruinoso un bello palacio de la edad media, que segun la tradicion edificó el conde Mortara para dar en él digno hospedaje al soberano cuando visitaba la villa. El severo carácter de su arquitectura, las bellas columnas de su escalera y la grandiosidad de su conjunto, son mudos pregones de la grandeza de su época y de la alta gerarquía de su fundador.

Despues de atravesar la plaza llegamos al barrio que se distingue con el nombre de Quintanilla, y en una de sus mejores casas encontré el franco y generoso hospedaje que me habia prometido y que nada me sorprendió, conociendo como conocia de antemano que la hospitalidad es una de las virtudes mas desarrolladas entre aquellos nobles montañeses.

Nada faltaba á mi provisional alojamiento de cuanto podia contribuir á hacerle delicioso. El dueño de la casa era uno de esos tipos puros de la antigua raza española, que nos va robando la muerte, uno de esos muchos españoles que durante su juventud levantaron muy alta la gloria de su patria en la guerra de la Independencia, que en su edad madura sirvieron con lealtad á sus reyes y frecuentaron sus palacios sin desvanecerse y humillarse, y que en los últimos dias de su existencia disfrutan de la paz del campo á la sombra de su casa solariega, dulcemente entretenidos con el tranquilo amor de su familia y el agradable cuidado de su hacienda. Otros seres embellecian aquella risueña y limpia casa, de los cuales tendria que hablar con merecido encomio si ciertos respetos no me lo impidieran.

Pero no creo pecar de indiscreto por decir que la contemplacion de su cariñosa solicitud y de sus faenas domésticas me hizo conocer que el bello sexo de Espinosa consagra toda su actividad á hacer feliz y placentera la vida íntima de la familia, compartiendo el tiempo, que allí se desliza sin afanosas inquietudes, en el cultivo de la huerta y del jardin, en el cuidado de las aves, en la elaboracion del pan, que amasan con singular habilidad y limpieza, y en mil primores de repostería que envidiarian los mismos escaparates de Lhardy.

Muy cerca de esta linda casa de campo de Quintanilla, donde hay patios y cuadras que recuerdan el arca de Noe, porque se ve en ellos toda clase de animales útiles, desde la corpulenta vaca al tímido pollo, se levanta ostentoso un bello palacio antiguo, todo de piedra, con sus airosos torreones y su capilla, cuyo noble orígen, si no lo proclamaran sus escudos de armas, bastaria á revelarlo las almenadas tapias que circuyen su inmensa huerta. Este palacio, situado á un extremo de la villa y casi á la falda de la montaña, propiedad y morada de la simpática familia del marqués de las Cuevas de Velasco, es una verdadera joya histórica, y posee un archivo con códices y manuscritos de gran precio, vírgenes aun de las investigaciones de anticuarios y eruditos.

Habitó allá en sus mocedades esta casa solariega de los señores de Velasco, el príncipe Don Juan de Austria, y en ella se educó por órden del rey su padre, que encomendó esta mision honrosa al par que delicada, al noble caballero de su córte don Pedro de Velasco. Debió desempeñar el don Pedro esta mision tan á gusto de Felipe IV, que no solo en el archivo se conserva, entre otras, una carta autógrafa del rey dando las gracias á Velasco por su amorosa y paternal solicitud en la educacion del futuro príncipe, sino que he tenido el gusto de ver en los salones que habitan los marqueses un pequeño cuadro al óleo que representa á san Juan Bautista, debido al pincel del príncipe, y dedicado por este á su maestro en señal de su reconocimiento.

Los artesonados salones del piso principal están sensiblemente desmantelados, y los marqueses habitan el piso inferior, no sin el propósito de restaurar aquellos cuando la oportunidad les brinde á la realizacion de una obra que dará nuevo timbre á sus blasones, atendiendo á la par que á la justa satisfaccion del patrio orgullo, á la gloria del arte. Y al consignar esta última frase, principalmente me refiero al magnífico lienzo de la batalla del Salado, que se venera en el altar mayor de la capilla, consagrada al apóstol Santiago, y á otros doce admirables retratos de cuerpo entero de reyes, reinas é infanzones españoles que restaurados serian joyas artísticas dignas de adornar los primeros palacios y museos de Europa.

Además de estas notables casas, Espinosa las cuenta muy buenas y muy ilustres. En este número están las de las familias de Porras, Velasco, Madrazo, Escalera, Fernandez Gil, Villalaz, Merino, Zorrilla y otras que no nombro por falta de memoria y que están distribuidas entre una y otra villa.

Y á propósito de una y otra villa, la opinion aparece dividida sobre cuál de las dos es mas agradable para la vida material. Equidistantes una de otra un cuarto de legua, la de arriba, que constituye el barrio ó distrito Bárcena, está situada en una eminencia, y sus calles corren en pendiente continuada. La de abajo es, á mi parecer, mas alegre y risueña, como colocada en el centro de un valle.

Los que buscan el reposo del alma en la soledad y en el alejamiento del mundo, hallan en Bárcena su bello ideal; los que encuentran aquel reposo en la dulce paz de los campos, no perturbada, antes bien embellecida por el ameno trato de la amistad, estos sin duda se deciden por la villa de abajo. Un campo comun separa á los dos pueblos; este campo se llama el *Bardan* y es un amenísimo valle cercado de pintorescas montañas, salpicado de árboles, interrumpido por arroyos, entorpecido por grandes pedriscos y acariciado por el rio Pas que le atraviesa silencioso. Podriamos llamarle el salon del Prado de Espinosa.

Las iglesias parroquiales de estos pueblos son templos de bella arquitectura y de grandiosas formas. Lástima que en el de la villa de abajo, que es el mas notable, se haya deslucido un tanto el severo y bellísimo adorno de piedra que se extendia por su artesonado techo y sus paredes con una funesta pintura amarilla que lo profana y desnaturaliza por completo. En punto á escuelas, Espinosa debe al celo de su ayuntamiento una nueva, muy espaciosa, con todas las condiciones higiénicas que estos establecimientos requieren; no así la de Bárcena, que es una hedionda cuadra de los tiempos primitivos. La civilizacion de este siglo no ha logrado hacer penetrar en aquella triste mansion de los pobres niños ni el mas imperceptible de sus rayos.

Ya he consignado todo lo que tiene de poético la situacion topográfica de estos pueblos, pero nada rivaliza en poesía y en belleza con el punto de vista que se disfruta desde la cima de la montaña donde tiene su ermita la *Vírgen de las Nieves*, de cuyos hombros pende el riquísimo manto con que la munificente piedad de Isabel II ha querido probar el aprecio que la merecen sus monteros. Esta expedicion á la montaña de las Nieves, que se hace á caballo, y el espectáculo de las cabañas de los pasiegos, son cosas tan poéticas, tan originales y tan sorprendentes por su novedad, que seria preciso otro artículo para consignar á la ligera las impresiones que dejan en el ánimo del viajero.

Tres dias únicamente pude dedicar al pueblo de mis padres. Cuando vuelva á visitarle con mas sosiego y sin el dogal de un plazo tan apremiante, me ocuparé con mas extension del carácter, de las condiciones y de las patriarcales costumbres de esas nobilísimas villas, que tienen vinculado en sus hijos el honroso privilegio de formar el muy noble cuerpo de guardias monteros de Espinosa, cuerpo menos conocido de lo que merece, no obstante ser el mas antiguo de la servidumbre de los reyes de España; que un siglo tras otro ha correspondido siempre á la confianza de su fundador, y cuyos individuos conservan inalterables la sobriedad de costumbres y la lealdad de sentimientos de aquel esforzado y noble montero de Don Sancho de Castilla, que salvando la vida de su señor contra el alevoso veneno que le sirviera en amistosa copa la esposa criminal, arrebatada de impuro amor al príncipe moro, dió orígen al cuerpo ilustre que lleva el nombre de Espinosa. — M.

Exposicion de 1861.

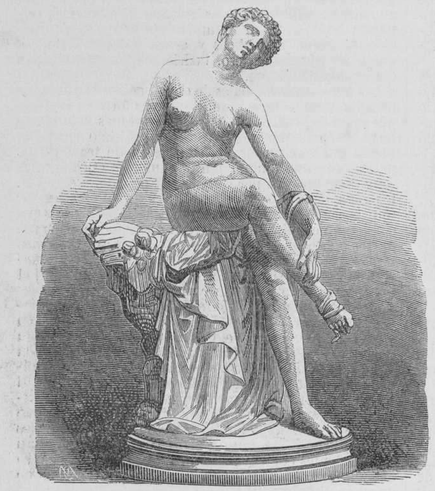
M. FROMENTIN: *Un pastor de la Kabilia.* — M. Fromentin es un escritor de mucho mérito, y tan buen pintor como hábil escritor. Conoce el Africa mejor que los africanos. El asunto del cuadro es un pastor árabe poco vestido (lleva un sombrero á la espalda) que guarda á caballo sus carneros. Monta uno de esos magníficos caballos árabes, que son objeto de envidia de los príncipes, y sin embargo, no es mas que un simple pastor que conduce un rebaño africano por las altas mesetas de la Kabilia. El paisaje con sus montañas azules en lontananza tiene un soberbio aspecto.

He dicho que ese ganado era africano por no contrariar á M. Fromentin, cuyos buenos cuadros admiro como el que mas; pero en el fondo no se sabria precisar cuál es su familia. Mas ¿qué importa? están pintados con mucho saber y talento, y esto basta.

M. VERLAT: *¡Al lobo!* — M. Verlat expuso en 1859 dos pequeños zorros que fueron muy celebrados por la expresion que habia sabido darles. El zorro oliendo un lazo valia él solo toda una fábula de la Fontaine. En la última Exposicion la obra capital del artista era un perro defendiendo su ganado contra un águila; hoy se trata

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

LA PESCA SOBRE EL HIELO, recuerdo de las cercanías de Blankenberg, cuadro de M. E. Lepoitevin.



LA MUERTE DE EURIDICE, estatua en mármol de M. F. Roubaud.

PORDIOSERA ARABE, cuadro de M. L. de Moulignon.

de un lobo, y el título de la composicion dice todo el asunto.

M. DE MOULIGNON: *Pordiosera árabe.* — M. de Moulignon ha pintado una figura extraña, una mujer acurrucada, medio velada, con un niño en los brazos, y este pobre niño alargando á la gente su platillo vacío. La mujer tiene un hermoso dibujo y un buen colorido al lado de esa pared blanca y ese cielo azul. Se detiene uno ante esta pintura, sorprendido por el interés que despierta la contemplacion de esa triste escena de miseria bajo el magnífico cielo de Oriente. Es algo mas dramático y doloroso que la pobre tradicional con la nieve, los harapos y la niebla.

M. LIX: *La Nochebuena en Estrasburgo.* — En Alsacia, el dia de Navidad es el dia de los regalos que se hacen en Paris por Año nuevo; con el árbol de la víspera de esa fiesta vienen los aguinaldos. Las tiendas están llenas de juguetes y lo están tambien las calles y las casas; por todas partes no se ve otra cosa que juguetes. M. Lix ha pintado este hermoso dia, dia de felicidad y de tristeza, de sorpresas y de dolorosas decepciones: la sorpresa y la alegría para el niño del rico, la tristeza y las decepciones para el niño del pobre. El contraste está bien indicado por el artista. Un niño colmado de juguetes desdeña los modestos y pacíficos instrumentos de agricultura que su madre le ofrece, por un general bordado de oro y á caballo, á quien envidia el rico uniforme y esplendente gloria. Este niño es ya un hombre. Mas lejos hay unos valientes admirando regimientos de héroes de plomo, y en el centro del cuadro un niño pobre y triste arrastrado por su madre mas triste que él todavía. ¿Quién pensará en comprarle un miserable juguete? Quizá falta el pan en su casa.

M. CABET: *Susana.* — Es una estatua de mármol que representa una jóven sentada, recogiendo con un sentimiento de pudor graciosamente manifestado, sus velos caidos. La figura es hermosa y la actitud está muy bien entendida. Es la casta Susana, pero sin los viejos. El público, curioso y hechizado, representa quizá á los culpables ausentes.

M. ROUBAUD: *La muerte de Euridice.* — Otra figura de mármol sentada y en proporciones análogas á la precedente. Las dos forman una bonita pareja. Euridice ha sido mordida en el pié por la serpiente. Al ver tan hermosa persona, se comprende perfectamente la desesperacion de Orfeo.

M. COMTE: *Juana de Arco en la consagracion de Cárlos VII, el 17 de julio de 1429.* — No es posible recordar sin emocion la leyenda histórica de la noble hija de Vaucouleurs. La Francia, desmembrada por las disensiones intestinas y por los ejércitos extranjeros, estaba perdida; la corona en la cabeza de un rey imbécil rodeado de nobles corrompidos y de soldados indisciplinados, se escapaba de las manos de Cárlos VII; la Francia iba á convertirse en una provincia inglesa, con lo cual se habrian cambiado los destinos del mundo. La ciudad de Orleans estaba sitiada y á punto de sucumbir. Una jóven pastora de la Lorena, inspirada por el amor á la patria y guiada por el Señor, fué á ver al rey desalentado y le prometió solemnemente, en nombre de la Francia y en nombre de Dios, hacerle consagrar en Reims, y cumplió su palabra. Restableciendo la disciplina con la austeridad de su voz y con su ejemplo, inflamando el valor de los soldados y de los nobles con su sangre fria angelical delante de la muerte, derrotó á los ingleses, hizo levantar el cerco de Orleans y llevó en triunfo al rey de Francia á Reims.

LA NOCHEBUENA EN ESTRASBURGO, cuadro de M. T. Lix.

M. Comte ha representado el momento de la consagracion con esa elevacion de talento que ya le distinguió en 1855 y 1857. Nadie ha olvidado aun el arresto del cardenal de Guisa y de Espignac, arzobispo de Lyon, despues del asesinato del duque de Guisa, así como tampoco la obra maestra que se titulaba: *Enrique III y el duque de Guisa*, cuando se encuentran al pié de la escalera del castillo de Blois el 22 de diciembre de 1588, antes de ir á comulgar juntos á la iglesia de San Salvador. Al otro dia era asesinado el duque de Guisa. El nuevo cuadro de M. Comte representa la catedral de Reims cuando acaba de tener lugar la consagracion. Todos los nobles del reino cubiertos de armaduras de oro, los obispos mitrados y los oficiales de la corona resplandecientes de bordados, asisten á esta brillante ceremonia. Juana armada se encuentra en medio de la nave.

«Despues que Cárlos VII hubo recibido la santa uncion, dice la historia, y fué proclamado rey, Juana llorando le dijo de rodillas: «Buen rey, ahora se ha cumplido la voluntad de Dios, que quiso que levantase el sitio de Orleans, y que os trajese á esta ciudad de Reims á recibir vuestra santa consagracion, mostrando que sois verdadero rey, y aquel á quien debe pertenecer el reino de Francia.»

En efecto, el reino y el rey de Francia fueron salvados; pero Juana fué cobardemente asesinada, y la dejaron en un abandono no menos cobarde.

A. M.

¡TODAVIA!

Un dia de Pascua del año 185... entre nueve y diez de la noche, gran número de carruajes llegaban de todos los barrios de Turin á reunirse en la plaza de Bolonia para penetrar en dos filas en la hermosa calla llamada *via de la Marmora.*

Al fondo de ella, y cerrando su salida, se encuentra el palacio de la embajada de Prusia en el cual los condes de R... daban aquella noche un suntuoso baile á la aristocrática nobleza de Turin.

Las once acababa de dar el reló de la *Madona del Angel*, y ya la afluencia de carruajes era en extremo grande, cuando una magnífica carretela, arrastrada al galope por dos hermosas yeguas penetró en la *via*, parándose tambien á la puerta de la embajada.

¡AL LOBO! cuadro de M. Ch. Verlat.

Dos lacayos echaron pié á tierra al punto, y mientras uno bajaba el estribo, otro abria la puerta del carruaje blasonado, dando paso á una mujer jóven al parecer, porque su rostro, envuelto en gasas y blondas, burlaba las miradas de los curiosos, que atravesó rápidamente el espacioso portalon, perdiéndose en el primer tramo de la escalera.

Subió sin descansar hasta el primer piso, penetró en una espaciosa antecámara, arrojó ante un gran espejo su albornoz blanco, y dando una última mirada á su irreprochable traje, atravesó algunos salones, penetrando por fin con la sonrisa en los labios y la seguridad en la planta, en uno lleno de gente, que fijó en ella todas las miradas.

— ¡Hermosa mujer! exclamó con entusiasmo dirigiéndose á sus compañeros un jóven secretario de la embajada, recien llegado á Turin. Ploekberg, decidme su nombre por favor.

— La condesa de Casteldor.

— ¿La condesa Diana de Casteldor?

— ¡Hola, hola! ¿ya sabes que se llama Diana? replicó Ploekberg riendo. ¿Es vuestro predecesor quien os ha dado esas noticias?

Pero el jóven no respondió preocupado con observar la marcha triunfal de la condesa por el salon.

— Os prevengo, Arnaldo, prosiguió su interlocutor con jovialidad, que es ya antiguo que un individuo de esta embajada se enamore de la condesa; y cuando el crédito de una casa está tan bien sentado, es fuerza saberle sostener aunque no haya las felices disposiciones que en vos advierto.

El futuro embajador prestó atencion apenas á las bromas picantes de su amigo, diciéndole por toda contestacion que le presentase á la condesa.

— No tengo confianza con ella para tanto, repuso Ploekberg; pero hé aquí al marqués Gianori, su mas próximo pariente, que consentirá en haceros ese servicio.

A estas palabras el personaje aludido se acercó al grupo exclamando:

— Buenas noches, señores: hablábais de mí si no me engaño.

— Sí, aconsejaba á Arnaldo que se dirigiese á vos para que le presentáseis á la condesa de Casteldor, vuestra bella tia.

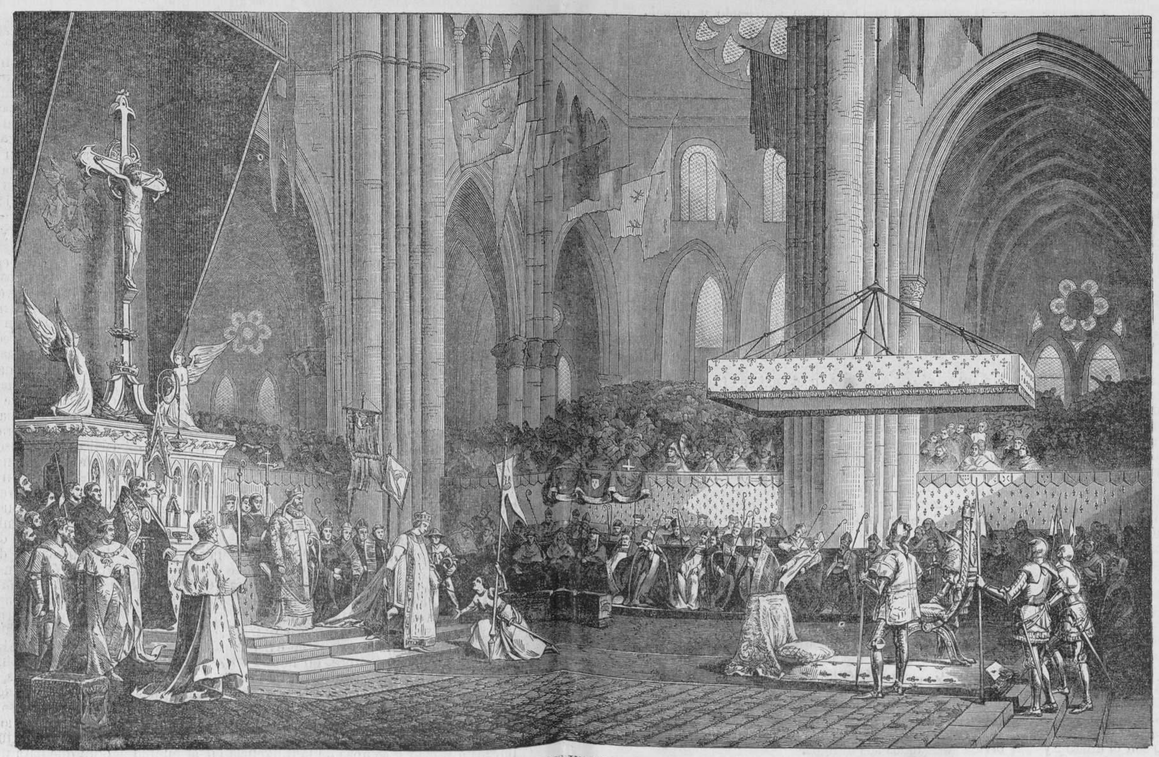
— ¡Bella, murmuró Gianori con aire preocupado, en efecto es bella *todavía!*

Esta última frase la pronunció con una entonacion singular de despecho y desaliento, siguiendo con la vista á Diana que de nuevo atravesaba el salon apoyada en el brazo del dueño de la casa escuchando sin cesar galanterías y lisonjas.

Diana de Casteldor que pasaba por delante de Gianori, al pronunciar este las anteriores frases, fijó en él sus ojos, palideció ligeramente y continuó su marcha triunfal, mientras el jó-

SUSANA, estatua en mármol de M. P. Cabet.

UN PASTOR DE LA KABILIA, cuadro de M. E. Fromentin.



JUANA DE ARCO EN LA CONSAGRACION DE CARLOS VII, EL 17 DE JULIO DE 1429, cuadro de M. P. C. Comte.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

ven diplomático arrastraba al marqués haciendo vanos esfuerzos por salvar la distancia que los separaba de la condesa.

Invitaciones para bailar asediaron á Diana por todas partes, pero esta, contra su costumbre, las rechazó haciendo seña á un anciano venerable para que se acercase, y exclamando á media voz:

— ¿Conde, quereis hacerme un servicio?

— Con toda el alma

— Pues bien, dadme vuestro brazo y llevadme lejos de este bullicio; estoy triste, fatigada, y deseo reposar en la soledad.

—¿Tan pronto? exclamó con sincero asombro el conde, que algunos instantes antes habia visto penetrar á Diana en los salones.

La jóven no respondió; arrastró á su caballero hasta un gabinete lejano donde apenas llegaban los acordes de la orquesta, y dejándose caer sobre un divan, apoyó su cabeza en su torneada mano, permaneciendo algunos instantes abstraida á pesar de los esfuerzos que hacia el noble conde para distraerla.

Antes de decir cuáles eran los pensamientos que preocupaban á la hermosa Diana, alejándola de los salones en que brillaba como reina, fuerza es hacer una reseña de su historia.

De cuna elevada, de belleza notable, pero con poca fortuna, Diana se habia unido siendo muy niña, al conde de Casteldor, quincuagenario alejado de la córte hacia muchos años, y que al cabo de diez y ocho que vivia casi olvivado en su castillo, una anciana parienta suya, habia tenido el empeño de desenterrarlo para hacerle esposo de la jóven Diana.

Al cabo de tres años de una union pacífica, en la cual la amistad reemplazaba al amor, Diana quedó viuda y dueña de una fortuna considerable, volviendo despues de año y medio que vivió en la soledad, á reaparecer en el mundo mas bella, mas admirada que nunca, prometiendo ser por muchos años la reina de la hermosura.

Hasta entonces no habia conocido pasiones profundas, vehementes; olvidada del adorador de hoy para atender al adorador de mañana, no habia dejado interesar por ninguno su corazon, que parecia frio como el mármol. Así pues, sin estar completamente al abrigo de la maledicencia, Diana era generalmente apreciada de las mujeres, á quienes no procuraba hacer una guerra directa, y de los hombres, á quienes devolvia con usura las sonrisas que recibia, conservando al cabo de seis años una independencia envidiable y el encanto de una coquetería tan difícil como gloriosa.

La noche en que la presentamos á nuestros lectores, Diana de Casteldor estaba mas hermosa aun que de costumbre, y ella, que parecia comprenderlo así, gozaba de su triunfo cuando el fatídico *todavía* del marqués Gianori llegó como un dardo agudo á clavarse en su corazon cubriendo su frente de una nube de melancolía.

Federico Gianori, sobrino del conde de Casteldor, habia sido en sus primeros años el niño mimado de la sociedad de Turin; huérfano, rico, de simpática figura, consagrándose al mundo por completo y mezclando á sus románticas aventuras sus ostentosos viajes á Paris y Lóndres, Federico habia sido el ídolo de la generacion naciente. Sus amigos copiaban sus maneras como copiaban sus trajes, las mujeres mendigaban sus miradas; pero Federico, á quien no faltaba verdadero talento, se cansó pronto de su papel de maniquí de moda, y de vuelta de un viaje algo mas largo que los anteriores, cumplió con sus costumbres, se consagró al estudio y al trabajo y frecuentó solo algunas casas de la nobleza, con cuyos dueños le unian lazos particulares de parentesco ó amistad.

En esta época precisamente se efectuó el matrimonio de su tio. Federico que tendria entonces de veinte y ocho á treinta años, pensó en seguir su ejemplo, y Diana con su belleza, su distincion y las cualidades morales que le otorgaba, fué á sus ojos el tipo de la mujer que podia proporcionar la dicha; tipo que durante tres años buscó por todas partes hallándole solo en casa de su tio.

El conde murió y Federico dió al olvido sus intentos matrimoniales para consagrarse á los deberes que su parentesco le imponia hácia la jóven Diana.

Esta, triste y retirada del mundo durante el primer año de su viudez, realizó por completo los sueños del marqués que se enamoró perdidamente de ella, aunque por un exceso de delicadeza no aprovechó las ocasiones que el retiro le ofrecia, aguardando á que Diana frecuentase la sociedad para darle cuenta de sus sentimientos; llegó este dia y un amigo de Federico fué el encargado de interrogar á Diana.

La condesa no queria apreciar sériamente las palabras del emisario, respondiendo á su interrogatorio que profesaba un afecto sincero á Federico, que le conservaria un reconocimiento eterno por los cuidados que le habia merecido, pero que no tenia á sus ojos, como ella creia no tener tampoco á los del jóven, las cualidades necesarias para realizar un matrimonio feliz.

Federico tomó sériamente las palabras de Diana. — No me ama, murmuró, ó mas bien quiere sin trabas disfrutar los placeres que el mundo le ofrece.

Desde aquel dia Diana no fué para él la mujer tierna, sensible y apasionada que habia soñado, sino una mujer como otras mil de la alta sociedad, que á pesar de sus coqueterías le volvia loco de amor.

Sin embargo, tal fuerza ejercian en él sus primeras impresiones, que el respeto dominó siempre á la pasion en su alma, y convencido de que no podria hacerse amar de Diana mientras ella tuviera que sacrificarle su independencia y sus triunfos sociales, no le habló nunca de su amor, ni consintió en ser un capricho pasajero de la mujer que habia querido que fuese su perpétua compañera. En este estado, cuando sentia desfallecer su espíritu, cuando temia dejar escapar su secreto, emprendia un corto viaje, ó encerrado en su casa, pasaba diez, quince dias y hasta un mes quizá, sin ver á la condesa.

A pesar de todo una esperanza animaba á Federico. Persuadido que el deseo de brillar no era mas que un período corto en la vida de su jóven tia, aguardaba que cansada de sus triunfos volviese á ser tal como él la habia conocido durante un año. Pero el tiempo pasaba y la condesa parecia tomar mas aficion cada dia á las fiestas y á los triunfos que la proporcionaba su hermosura, creyendo Federico que ella era la causa que arrastraba á Diana al deseo de recibir los homenajes de todo el mundo: entonces por no perder toda esperanza, se hizo la ilusion de que á la primer tacha de su belleza, al primer cabello blanco, á la primera arruga que surcase su frente, Diana volveria en si y abrazaria de nuevo su vida retirada.

— Con el último destello del astro de su hermosura, se dijo, asomará el primero del astro de mi ventura.

Singular posicion: estar obligado á desear que desapareciese la belleza de la mujer amada. Singular en verdad; pero que probaba toda la sinceridad del amor de Federico, amor que no se cifraba en los encantos exteriores de Diana, sino en las cualidades de su corazon.

En la época que nos ocupa, la condesa llegaba á los treinta y cuatro años, sin que su belleza hubiese disminuido ni hubiera dejado de presentarse como la mas bella, como el mejor ornamento de la alta sociedad. El pobre Federico, comenzaba á desesperarse creyendo en algun maleficio de la suerte, y en esta crítica situacion estaban ambos personajes cuando la condesa penetró en el baile de la embajada, y aquel fatídico *todavía* robó la alegría de su alma llevando la tristeza ó mas bien el despecho á su corazon.

— *¡Todavía!* exclamó la hermosa viuda; *¡todavía!* esto quiere decir que será de corta duracion... y despues, nada, todo acabará para mí! Estaré sola, abandonada en mi hogar desierto, sin que mi corazon me consuele, sin que un amigo me tienda su mano.

Pasada una media hora en sombrías reflexiones, la condesa cambió la expresion de su rostro, se levantó vivamente, y como si acabase de tomar una resolucion salvadora, exclamó:

— Vuestro brazo, conde, voy á valsar y no lo dejaré hasta que la última pareja haya abandonado el salon; y volviéndose á él con encantadora coquetería, prosiguió: me vereis bailar, notareis la agitacion que me anima, os burlareis de mí, y esto os indemnizará del mal rato que acabo de daros.

El conde preguntó asombrado qué motivo habia para poderse burlar de la condesa, á lo cual replicó ella con amarga sonrisa:

— ¡Qué motivo! ¿No es una cosa verdaderamente ridícula que una mujer de mi edad se atreva á bailar *todavía*?

— ¿Qué significa esto, condesa? ¿ qué misterio encierran vuestras palabras? Contemplaos en ese espejo por favor y confesad que no representais mas que veinte años.

Diana fijó en el espejo una mirada escrutadora y levantando con altivez su linda cabeza exclamó:

— No, conde, no tengo veinte años, tengo por fortuna treinta, y acompañando sus palabras con una maliciosa sonrisa, se dirigió de nuevo al salon de baile con paso firme, porque el exámen de un instante le habia devuelto su aplomo primitivo y se sentia capaz de arrostrar hasta las fatídicas palabras de Federico, si perpetuos fantasmas, volvian á salirle al paso.

La primera persona que Diana apercibió en la sala de baile fué á Federico que llevaba siempre consigo al jóven diplomático que pretendia ser presentado á la condesa: el marqués cumplió su deseo, hizo la presentacion y se eclipsó inmediatamente, mientras Diana en brazos de Arnaldo se entregaba á la agitacion de un vals, sin que á pesar suyo pudiese arrojar de su mente la imágen de Federico.

Por primera vez en su vida reflexionaba sériamente en la conducta del marqués, y bajo la enojosa impresion del momento, Diana interpretó su conducta de muy diversa manera de como era en realidad; advirtió entonces que Federico era el solo entre los hombres que la rodeaban que no le dirigia ninguna frase galante; el solo que se atrevia á lastimar su amor propio; el solo en fin, que la abandonaba cuando la veia alegre y placentera.

— Me desdeña, exclamó, me cree frívola quizá para inspirar una pasion, y aguarda el término de esta belleza, inútil á sus ojos, para humillarme con su desden, demostrándome la inutilidad de mi existencia. ¡Ah, señor marqués! yo soy bella *todavía* segun decís... pues bien, veremos si puedo *todavía* sacar partido de esta belleza para vengarme de las injurias que se me dirigen.

Y adoptando un plan, y ensayando quizá con Arnaldo las coqueterías que contaba emplear para vencer á Federico, acabó de hacer perder la cabeza al pobre jóven, que despues del vals ostentó orgulloso á la condesa apoyada en su brazo.

Al atravesar el salon encontraron á Federico que al evadirse fué detenido por Diana con tal habilidad, que le obligó no solo á conversar largo rato, sino á acompañarla exclusivamente.

Llevando adelante su plan, se mostró con él amable y seductora, mientras el pobre diplomático que no la perdia de vista, pasaba en un momento de la ventura del amor al tormento de los celos.

Pero aconteció á Diana en esta noche una cosa muy frecuente en semejantes casos; que intentando prender á Federico en sus redes, se envolvió á sí misma de tal modo, que la imágen del marqués la persiguió durante el baile, y despues de él la robó algunas horas de sueño.

II.

Las dos daban en la elegante péndola del dormitorio de la condesa, cuando esta se despertó agitando con fuerza la campanilla, presentándose al punto su doncella Rosalía, jóven natural de Saboya á quien tenia á su lado hacia muchos años.

El baile de la noche anterior habia causado á Diana una emocion y una fatiga desconocidas para ella, razon por la cual se habia dormido hasta mas tarde de la hora de costumbre, despertando durante su sueño mas de una vez con sobresalto, creyendo que llegaba hasta su oido el fatídico *todavía* del marqués.

— Abre las ventanas, dijo á Rosalía. ¿Qué hora es?

— Las dos, señora.

— ¡Las dos! Será imposible que yo esté vestida á las tres para recibir como de costumbre.

— Daré órden de que la señora no recibe, exclamó la camarera con afectuosa solicitud.

Su indicacion quedó sin respuesta, y Diana con una viveza infantil, saltó del lecho, se envolvió en su salida de cama, corrió á su tocador y despues de haberse contemplado algunos instantes en silencio exclamó:

— Mirame bien, Rosalía, y dime con toda franqueza, ¿me encuentras vieja?

A esta singular pregunta, hecha con cierta solemnidad, la gentil saboyana no pudo contener una carcajada, familiaridad disculpable en Rosalía, que apenas contaba viente y dos años, y hacia ocho que estaba al lado de la condesa que la habia recogido huérfana, tratándola con un afecto maternal.

No era pues una vulgar camarera, sino una amiga de confianza de su señora.

— No te rias, hija mia, exclamó Diana, y háblame con ingenuidad, ¿has encontrado algun cabello blanco en mi cabeza, ó te parece mi cutis menos terso que en otro tiempo?

— No señora, exclamó la jóven con cierta gravedad cómica.

— ¡De veras! ¿me encuentras hoy como me encontrabas hace ocho años?

— ¡Oh! eso no

— ¡Cómo! exclamó Diana con un secreto movimiento de terror.

— Porque entonces la señora condesa estaba mas delgada, tenia un color mas fuerte y por consecuencia menos distinguido: hoy encuentro á mi señora mucho mejor que entonces.

— ¡Lisonjera! dijo la condesa sonriendo y principiando á ocuparse en los primeros detalles de su tocado.

La doncella preguntó una segunda vez si no debia dar órden de que la señora no recibia, á lo cual Diana contestó:

— Sí, hija mia, di que no estoy en casa para nadie.

Rosalia no se hizo repetir dos veces esta órden y se dirigió á la puerta exclamando desde su dintel:

— ¿No exceptúa á nadie la señora, de la consigna general?

— No, dijo Diana; y la puerta se cerró detrás de la jóven.

— Rosalía, Rosalía, exclamó vivamente la condesa.

Rosalía entreabrió de nuevo la puerta y la condesa murmuró:

— Advierte que si viene mi sobrino se le deje subir.

— El señor marqués de Gianori.

— Sí.

Esta vez Rosalía se alejó realmente, y la condesa se dirigió de nuevo á su tocador: la camarera que con tal ligereza habia salido no volvió con la misma prontitud, y Diana, aguardándola, se reclinó maquinalmente en un divan tomando un espejito de mano que acercó á su rostro.

Era un espejo de aumento en el cual sus facciones delicadas aparecian de doble tamaño, no pudiendo la jóven disimular una sonrisa al contemplar lo rasgado de sus negros ojos y la dimension de sus aterciopeladas pestañas. ¡Pero ay! en breve su mano se agitó con nervioso temblor, de sus labios se escapó un gemido, y el espejo cayó sobre la alfombra. ¡Qué pudo observar! ¿ qué misterio le reveló su amigo leal?

Uno bien sencillo para cualquiera: gracias al aumento del cristal, acababa de descubrir cinco líneas inperceptibles al extremo del ojo, dilatándose hácia la sien. ¡Señal evidente de una vejez inmediata! Diana corrió á mirarse en otro espejo menos sincero, pero en vano: ninguno borraba la fatal muestra que acababa de descubrir, y cuyo recuerdo quedaria vivamente grabado en su memoria. Cuantos tristes pensamientos la habian agitado la víspera, asaltaron de nuevo su mente, permaneciendo largo rato víctima de cruel agitacion.

— ¡Ah! murmuró: ¡todo va á acabar para mí! Los años corren, y en breve la vejez posará sobre mí su mano de hierro.

Y la inquietud de Diana, exagerándola su verdadera posicion, como el cristal habia exagerado sus facciones, la hizo considerarse ya aislada en medio de la sociedad, y olvidada de todos sus amigos.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

En este instante, parecia otra mujer que la que presentamos algunas horas antes en el baile de la embajada. Todo sentimiento de vanidad, toda coquetería habia desaparecido, sucediéndola una impresion de profunda tristeza: el recuerdo de todos sus amigos cruzaba por su mente, para decirla que nada debia esperar de ellos, y á estas imágenes se mezclaba la de Federico, imágen que ella parecia acariciar un momento para exclamar despues con amargura:

— ¡Porqué ha de ser superior á los otros! ¡qué he hecho por él para esperar mas consideracion!

Cuando al cabo de una media hora Rosalía penetró en el tocador de su señora, descubrió lágrimas en sus ojos y profunda alteracion en su rostro, lo cual evitó á la linda camarera dar disculpa ninguna por su tardanza.

— ¿Quiere peinarse la señora?

Diana, sin responder, ocupó el sillon que le estaba destinado cuando llegaba la hora de que Rosalía desempeñase una de sus mas importantes funciones: la de arreglar la magnífica cabellera de su señora.

En el instante en que Rosalía iba á recoger los ensortijados rizos de su ama, Diana por un brusco movimiento escondió su rostro entre las manos y murmuró:

— ¡El! ¡El á quien yo me creia tan ligada por lazos de familia y de cariño, ser el que me insulta, el que me escarnece! ¡qué desengaño!

Diana con toda su superioridad, con todos sus recursos sociales, no era mas que una pobre mujer, y su corazon herido en su vanidad la arrastraba á una pueril amargura.

Dando nuevo giro á sus ideas, Diana recogió por sí misma sus cabellos mientras Rosalía la contemplaba atónita, y pidiendo su bata de casa subió á ver á su madre que ocupaba el piso superior. Era esta una señora que entregada á sus devociones particulares y á la administracion de sus bienes, pisaba rara vez los suntuosos salones de su hija, y no abandonaba su habitacion mas que para ir á la iglesia ó al paseo; al poner Diana el pié en el primer escalon, exclamó vivamente:

— Cuando venga el marqués Gianori que se me avise; y subió rápidamente la escalera.

Como acabamos de ver, contaba con la visita de Federico. En el aposento de su madre tuvo cuidado la condesa de ocupar un asiento cerca de la ventana desde la cual observaba con escrupulosa atencion cuanto pasaba en la calle, apercibiendo en breve al secretario de la embajada contemplando estático sus balcones, lo que hizo asomar á sus labios su habitual sonrisa. Sin embargo, otro recuerdo la impacientaba y á pesar suyo su mente repetia:

— ¡Federico! ¡Federico! ¿porqué no vienes? ¿me abandonarás tú tambien?

Aquel dia comió con su madre ansiando el momento de levantarse de la mesa para correr en busca de Rosalía, y que esta se informase del portero si en efecto no habia llegado el marqués. El resultado de la indagacion fué poco satisfactorio: entre los doce individuos que habian dejado sus tarjetas, no se encontraba la del marqués. En este instante la puerta del salon se abrió, anunciando un criado al señor de Tancredi.

Tancredi era un hombre de cincuenta á sesenta años, antiguo mayordomo del conde de Casteldor, y á la sazon de su viuda, que le profesaba singular afecto. Dos ó tres veces por semana pasaba algunas horas en compañía de su señora, eligiendo el momento en que seria menos importuno, y en ese tiempo le daba cuenta del estado de sus bienes y de las mejoras que habia hecho ó se proponia hacer en sus dominios.

— Buenas noches, Tancredi, exclamó con tono indolente la condesa, tendiendo su mano al anciano que la estrechó respetuosamente.

— No ignoro, exclamó el mayordomo, que mi señora la condesa ha vuelto del baile muy de mañana y no pienso molestarla mucho rato; solamente venia á advertiros que si no teneis necesidad de mí, partiré mañana para Piñerol y Lucerna, de donde me escriben que hay que hacer nuevas plantaciones en el parque y alguna reparacion en la granja ó *Chalet*. Bien sabe mi señora la condesa que estas cosas me gusta verlas por mí.

— En hora buena, id donde gusteis, exclamó la condesa, y sobre todo no os fatigueis mucho; ya sabeis que os aprecio.

— No temais, señora condesa, cuando respiro el ambiente de mi suelo natal no siento la fatiga, y por el contrario, parece que él me devuelve mi antiguo vigor.

— ¡Qué lástima! continuó, que la señora condesa no quiera nunca visitar sus posesiones, porque su parque, su granja y los valles que la rodean, estoy seguro de que la habian de agradar.

Una idea súbita cruzó la mente de la condesa.

— ¿A qué hora pensais partir mañana?

— A las doce, para llegar al anochecer.

— Pues bien: pedid mi silla de postas para esa hora y partiré con vos.

El anciano mayordomo, que habia nacido en el valle de Lucerna, se conmovió de alegría á la idea de hacer conocer á su señora aquellos sitios impregnados para él de poéticos recuerdos, y besando con respetuoso trasporte la mano de la condesa, salió á dar sus órdenes para el viaje.

Aquella noche, al recogerse Diana, exclamó:

— Rosalía, prepara las maletas, que mañana vienes conmigo á una excursion de seis ú ocho dias.

La preocupacion de Diana la impidió advertir la expresion de doloroso asombro con que su camarera recibió esta noticia.

— ¡Ocho dias! repitió con aire consternado.

— Mas quizá, continuó con volubilidad su señora, pero no prepares nada superfluo, vamos á vivir en el campo.

Diana descansó algunas horas, se levantó muy temprano, almorzó con su madre, á quien dijo que asuntos de interés la obligaban á visitar sus dominios subiendo á la hora fijada en su silla de postas, acompañada de su mayordomo y de su doncella de confianza. En el instante en que penetraba en el carruaje, su portero le dió una carta que acababan de llevar, carta que al fijarse en ella Diana se estremeció y rompió precipitadamente el sello; pero apenas se enteró de su contenido se dejó caer con desaliento en el fondo del carruaje que partió á galope.

El papel que causaba todo este disgusto, era un croquis para la construccion de un invernadero de que habia hablado unos dias antes á Federico, y este le enviaba el dibujo pedido por ella, una obra sin duda de paciencia y habilidad; pero ¡ay! una sola palabra suya hubiera tenido mas valor para Diana, cambiando en el acto todos sus proyectos. Así pues, partió maldiciendo á Federico, y por consecuencia pensando en él, lo que le hizo recorrer como un sueño su camino.

Cuando Diana volvió en sí, dándose cuenta del sitio en que se hallaba, dilató su vista por los pintorescos valles que rodean las aldeas de Lucerna y de Latour, aspirando el aire embalsamado por mil plantas silvestres, lo que la obligó al fin á romper el silencio para manifestar su admiracion, su sincero entusiasmo, á tiempo que el carruaje, volviendo un recodo del camino, salvó el puente que cruza el torrente.

El cuadro que se ofrecia á sus ojos, era magnífico: al Poniente elevadas colinas cubiertas de flores parecian unirse con el cielo; á su pié dilatados valles hacian destacar entre la verde alfombra risueñas aldeas de casitas blancas como la nieve, y al Levante lejanas rocas parecian servir de marco y abrazar el paisaje que tenia un aspecto encantador, iluminado por los últimos destellos del sol poniente.

— ¡Qué hermoso! exclamó Diana con profunda admiracion; y despertando á Rosalía, que dormia reclinada en el carruaje continuó: despierta, hija mia, contempla esas montañas sombrías, esas risueñas aldeas, esos valles matizados.

La jóven paseó desdeñosamente su mirada por el paisaje y murmuró:

— No es feo, se parece algo á Saboya; pero Turin, señora, Turin vale mucho mas, y Rosalía acompaño estas palabras con un suspiro doloroso.

Diana sin ser completamente de su opinion, sonrió dulcemente, porque tambien ella amaba á Turin, Turin donde habia nacido, donde habian corrido los risueños dias de su infancia y donde dejaba al presente todos los recuerdos, todas las impresiones de su juventud.

Esto era natural; pero Rosalía, flor saboyana trasplantada en la capital del Piamonte, ¿qué atractivos encontraba en Turin para defenderle así? Encontraba lo que quizá no hallaba su señora con todos sus encantos, con toda su fortuna... Encontraba el amor, la ventura.

Rosalía amaba, era amada, no en sueños sino en realidad y con *buen fin* como ella decia, por Serafin, jóven mofletudo de su edad, hijo del portero de la condesa y conductor de maderas entre Saboya y el Piamonte.

Precisamente habia llegado á Turin la víspera, debiendo permanecer ocho ó nueve dias al lado de su padre, con los que contaba Rosalía para acabarle de decidir á un próximo enlace: el intempestivo viaje de la condesa llegó pues á destruir todos los proyectos de Rosalía ó á dilatarlos al menos por mucho tiempo.

Hé aquí ya explicada la razon por que la jóven desconocia los encantos que la naturaleza ponia en aquel instante ante sus ojos.

El dia tocaba á su término, cuando el carruaje se detuvo á la entrada de la aldea de Lucerna.

— ¿Hemos llegado? exclamó Diana.

— No señora, respondió el mayordomo, aun tenemos que andar una media legua á pié.

— ¡A pié! exclamó Diana aterrada. ¿Por qué causa?

— Porque la estrechez del camino no permite el paso de carruajes.

No es extraño que la aristocrática condesa, acostumbrada á las comodidades de la córte, se admirase de poseer una casa á cuya puerta no se pudiese llegar en carruaje.

Preciso fué que su fiel mayordomo le recordase que no se trataba ni de córte ni de palacio, sino de una simple granja escondida entre montañas, fabricada por su abuelo y hermoseada por su marido, y cuyo principal objeto era custodiar los bosques que en sus contornos formaban parte de los bienes de la condesa.

En cuanto Diana comprendió que era preciso caminar á pié, tomó su partido, apoyó alegremente su brazo en el de Tancredi, y se encaminó hácia la colina.

Rosalía la siguió, tropezando en todas las piedras del sendero, dejándose parte de su vestido en las silvestres plantas á cuyo lado pasaba, y maldiciendo el capricho de su señora y la funesta ocurrencia de Tancredi, que se habia permitido llevar á la condesa á semejante desierto.

Llegaron por fin: Diana fué recibida por los arrendadores de la granja con grandes agasajos, pudiendo servir, gracias á las prevenciones del mayordomo, una modesta comida á la condesa, que la halló excelente á causa del apetito producido por su original paseo.

Su tristeza parecia haberse disipado por completo, y olvidando momentáneamente el brillo de la córte, renació á otra existencia menos espléndida, pero mucho mas risueña.

La granja la pareció encantadora, no obstante ser una morada bien mezquina para la elegante condesa de Casteldor. Sus habitaciones se componian de cuatro piezas en el piso bajo y otras cuatro en el principal, á las que se subia por una escalera al aire libre con su balaustrada rústica á la suiza, lo que habia hecho conquistar á la granja el nombre de *Chalet*.

Las habitaciones del piso bajo servian de cocina, comedor y dormitorios para Tancredi y otro criado: en el principal habia un saloncito, dos lindos dormitorios y una cuarta pieza cerrada con llave.

— ¿Qué hay aquí? preguntó la condesa, señalando la puerta cerrada.

— Es la habitacion que ocupó en otro tiempo el abuelo del señor conde, respondió la arrendadora: cuando vuestro esposo heredó la casa la hermoseó toda, menos esa pieza que quiso conservar tal como la disfrutó su abuelo. Yo he creido que debia condenar esa puerta, que da paso á una habitacion tan diferente de las otras.

Estas últimas frases fueron dichas por la honrada campesina con cierto orgullo á la par que paseaba una mirada de satisfaccion por todos los ángulos del saloncito en que se hallaban: esta pieza estaba en efecto amueblada con cierta elegante sencillez que no carecia de distincion. La condesa quisa verlo todo, y en su consecuencia se abrió la puerta del misterioso aposento.

Como habia anunciado la arrendadora, esta pieza diferia de las otras hasta tal punto que en ella la sencillez se confundia con la miseria. Las paredes estaban de blanco, un gran lecho de madera pintada, pero muy limpio y cómodo, un sofá de paja, un espejo humilde y dos litografías con marcos groseros, representando á Victor Amadeo y al príncipe su hijo, componian todo el mobiliario que se remontaba sin duda al siglo precedente.

Diana prestó poca atencion á estos detalles, porque al penetrar en el cuarto un objeto habia fijado toda su atencion. Un lindo retrato de mujer cuyo pincel era excelente y cuyo original lleno de gracia y sencillez fué Esther, abuela materna del conde de Casteldor. Humilde aldeana que unida por amor á uno de los hijos menores del conde, llegó á ver en su cabeza la corona condal.

Obligada á renunciar á su fe en un tiempo en que los mas rigorosos edictos prohibian los casamientos entre protestantes y católicos, Esther habia dejado el suelo natal llevando consigo la maldicion de su familia, que diez años despues aun no la habia otorgado el perdon ni permitido volver á respirar el aire natal que reclamaba su delicada salud y su secreta melancolía, que todo el amor de su marido no era bastante á curar. Comprendiendo el conde que Esther necesitaba respirar el aire de su pais, compró una pequeña granja en el valle de Lucerna frente á la aldea de San Juan donde vivian los padres de Esther, y en ella instaló á su esposa cuya salud se restableció en breve á la vista de su querido valle y la esperanza de obtener un perdon tantos años esperado.

Esther aparecia en su retrato con el severo traje de aldeana, tal sin duda como la conoció por primera vez el conde. Su risueño rostro, rodeado de cabellos castaños sobre los que descansaba la característica gorra de tul y encaje negro, tenia algo de dulce y melancólico que hablaba al alma, y Diana de tal modo se sentia arrastrada por una misteriosa simpatía hácia aquel lindo retrato, que declaró con gran asombro de Tancredi, de la arrendadora y sobre todo de Rosalía, que creyó loca á su señora, que iba á instalarse en aquel mismo cuarto.

En vano le hicieron observar que aquella pieza inhabitada hacia muchos años era triste y hasta poco saludable... nada escuchó, y haciendo trasportar allí su magnífico neceser de viaje, su bata de cachemir y sus babuchas bordadas muy asombradas sin duda de descansar sobre tan humilde pavimento, principió á hacer su tocado de noche, durmiendo sobre aquel pobre lecho con sueño mas apacible que el que disfrutaba entre sus cortinajes de damasco.

Despertada con la aurora, gracias á las preocupaciones de Rosalía que le habian hecho olvidar cerrasen las maderas de las ventanas, Diana fué saludada por la dulce sonrisa de la bella Esther, que parecia invitarla á contemplar los sitios que tanto habia amado. La condesa corrió á la ventana, y asombrada del panorama que descubria se envolvió en su bata, calzó sus babuchas y descendió al balconcillo de la escalera desde donde descubria mas vasta extension. A un lado veia la pintoresca aldea coronada de sombrías montañas, y al otro valles sin término, elevándose en medio de ellos la roca Cavour, gigantesca pirámide colocada por la mano del Eterno y siempre iluminada con nuevas y maravillosas tintas por la luz del sol.

Apoyado en el dintel de la puerta Tancredi, aun mas madrugador que su señora, la contemplaba felicitándose interiormente del interés que en ella despertaban aquellos sitios. Diana por fin le apercibió, y el fiel mayordomo avanzó al encuentro de su señora, que estrechando su mano murmuró:

— ¡Magnífico! ¡Magnífico! os doy infinitas gracias por haberme traido hasta aquí; y apoyando su brazo en el del anciano mayordomo, continuó: ahora, mi querido Tancredi, llevadme á ver vuestros bosques.

— Los vuestros, señora condesa.

— Bien, de los dos: vos los plantais y yo los quemo.

Pero fijándose un instante en su traje singular, Diana soltó una carcajada, y abandonando el brazo de Tancredi, murmuró:

(Se continuará.)

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Tiro federal en Stanz.

El tiro federal que tiene lugar cada dos años por este tiempo en uno de los veinte y dos cantones de la república helvética, es una de las ceremonias mas populares de la Suiza. Allí llegan de todos los puntos los carabineros de los cantones, los de Zurich, de Basilea Campaña, los de Friburgo, de Appenzell, de Argovia, del Tesino, y luego los del Oberland, cada uno de estos con su enorme zampoña. Hé aquí los tiroleses con su traje nacional y el cuerpo de cadetes, á quien toca el honor de disparar el primer cañonazo en todas las solemnidades. El cortejo sale de la casa de ayuntamiento, atraviesa las calles empavesadas como un navío almirante, y se dirige hácia el Stand.

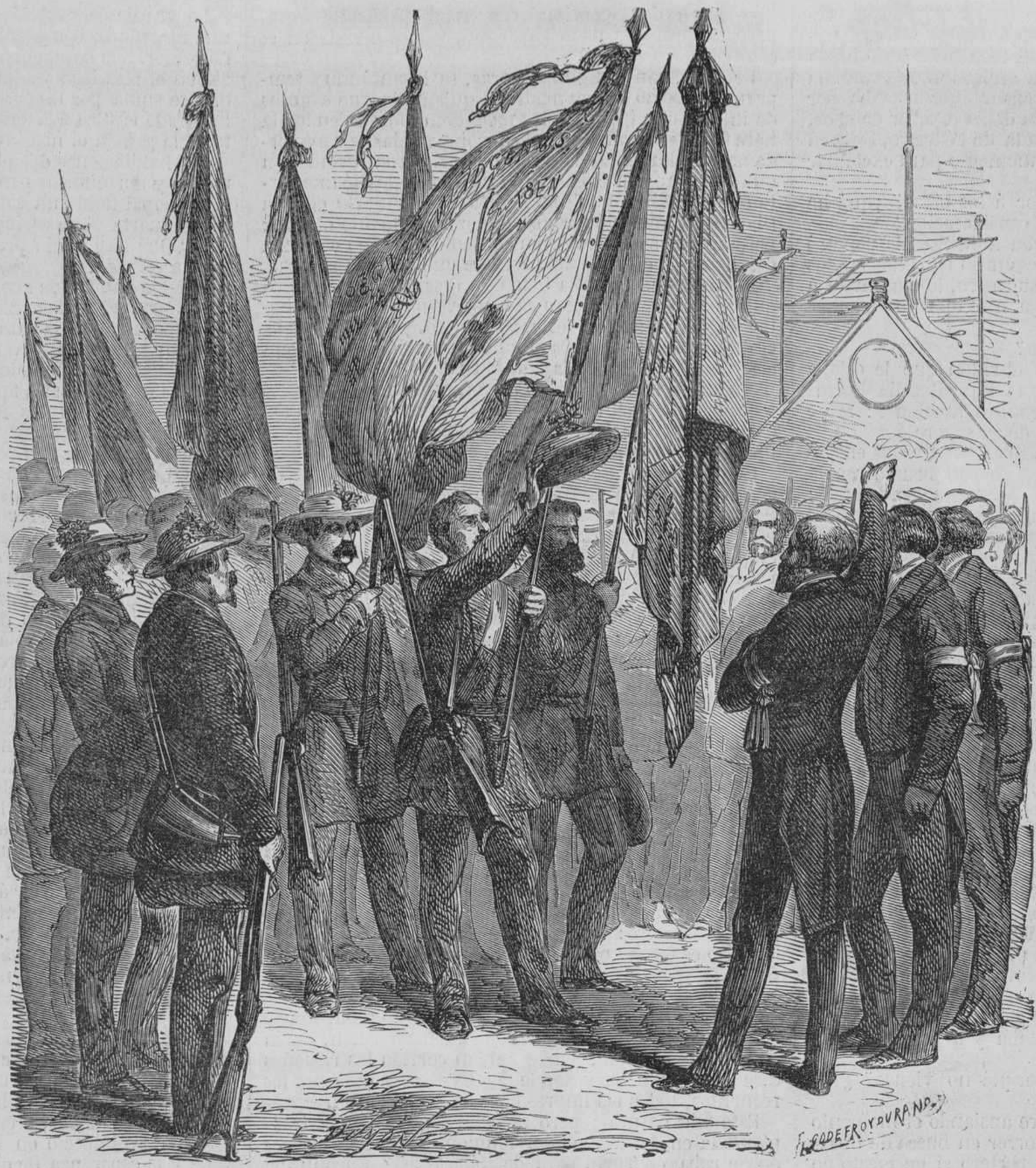
El Stand es un inmenso espacio de terreno sobre el cual han elevado una barraca gigantesca, que es la fonda de los carabineros. Al lado hay un pabellon de cristal donde se hallan los premios enviados por los cantones, á saber: copas, cronómetros, jarrones y carabinas de honor. Todos estos objetos representan un valor que varía entre 160 y 200,000 francos. Enfrente están los tiros y hay doscientos; ciento cincuenta llamados *tiros ordinarios*, de un alcance de 150 metros, y cincuenta llamados de *campamento*, de un alcance de 300 metros. Delante de estos tiros se ven unos compartimientos donde cada tirador puede dejar su frasco de pólvora, su saco y sus utensilios. A una señal dada comienzan los disparos. Doscientos carabineros tiran sucesivamente y son reemplazados por otros tantos. Es el fuego graneado mas estrepitoso que se puede oir, y este fuego dura diez dias, desde las nueve de la mañana hasta las siete de la tarde.

El resultado de cada disparo se inscribe en un registro *ad hoc*, y diremos de paso que los escribientes tienen que andar de prisa. Cada tiro que da en el punto negro es saludado con gritos y con vítores. Por lo demás, todo pasa en familia con dignidad, sin discusion de ninguna especie, y sin intervencion de nadie. En Suiza la policía se hace ella sola, y tanto mejor, cuanto que nadie la ve; *cada uno para todos y todos para cada uno.*

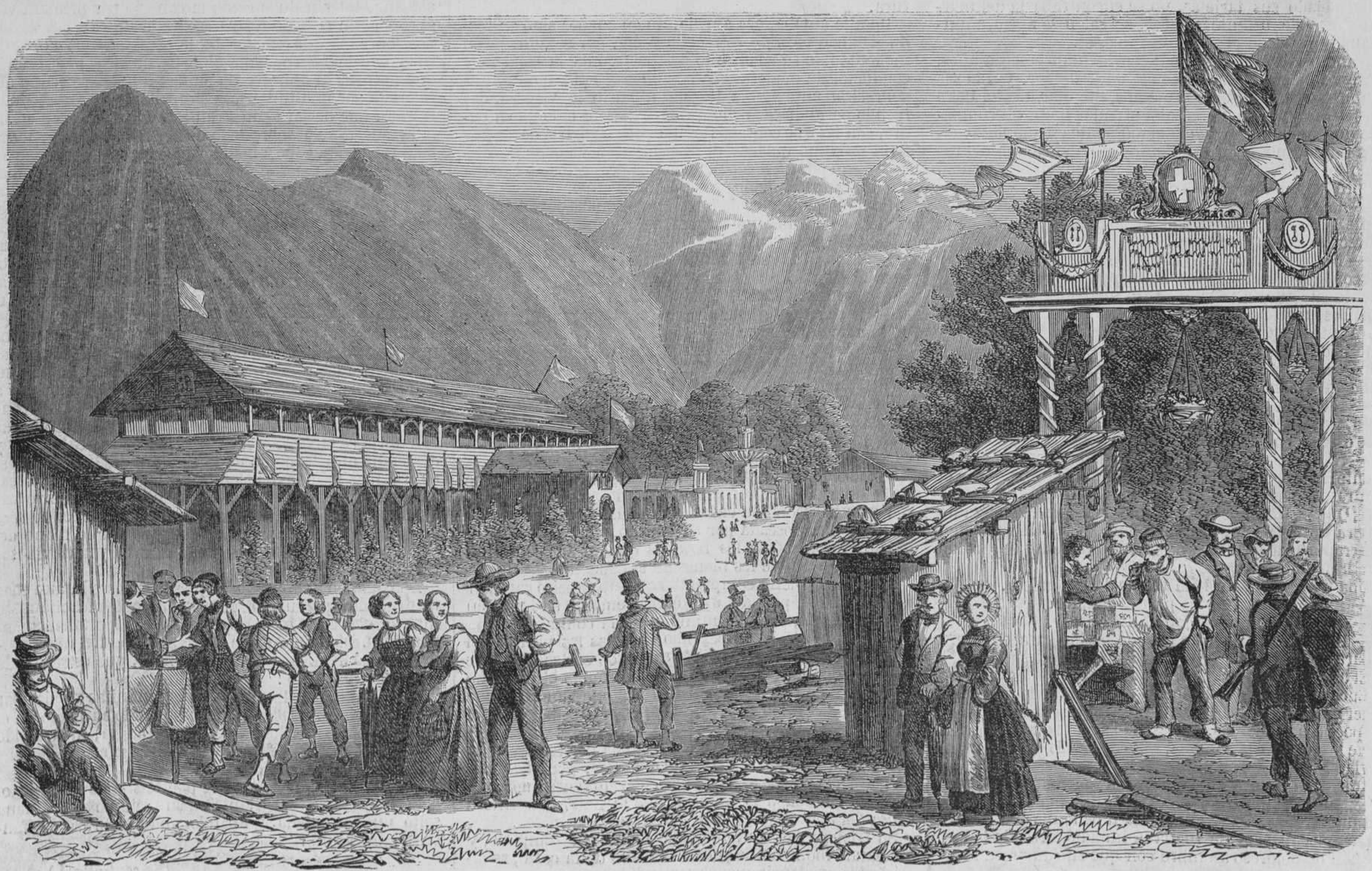
Una vez terminada esta fiesta de pólvora, se procede á la distribucion de las recompensas. Los premios se entregan solemnemente á los vencedores, y las banderas vuelven á tomar el camino de los cantones.

La poblacion femenina es muy curiosa, y atrae sobre todo la atencion del observador extranjero. Entre esas mujeres que llegan de todos los puntos de la Suiza, las de Berna con sus vestidos negros bordados y sus tocas blancas, son las mas hermosas de todas.

Stanz, donde ha tenido lugar este año el tiro federal, es la capital del medio canton de Nidwal, que forma con el medio canton de Obwalden, el canton de Unterwalden. H. C.



RECEPCION DE LAS SOCIEDADES DE CARABINEROS.



TIRO FEDERAL EN STANZ, CAPITAL DEL MEDIO CANTON DE NIDWALD (canton de Unterwalden).

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

VISTA DE CONJUNTO DE LOS EDIFICIOS DE LA EXPOSICION DE NANTES.

Carreras de caballos en Montevideo.

Segun escriben con fecha 15 de junio de Montevideo, esta ciudad tiene desde hace siete ú ocho años carreras de caballos organizadas como las de Epsom ó de Chantilly. Los principios fueron trabajosos, pues hubo que combatir muchos usos en un pais donde hasta entonces todas las carreras se habian hecho en pelo, en línea recta, sin ninguna señal de partida y sin observar regla alguna en cuanto al peso.

Unos cien miembros componen actualmente el «Jockey-Club» de Montevideo, y de sus suscriciones salen

CARRERAS DE CABALLOS EN MONTEVIDEO.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

los premios que se adjudican en las carreras. Las últimas carreras han sido muy brillantes; asistieron á ellas mas de cinco mil personas. Los gauchos, que son los primeros jinetes del mundo, acudieron de veinte leguas en contorno, y apostaron todas cuantas monedas llevaban en el cinto.

Se efectuaron estas carreras bajo los auspicios del gobierno de la república oriental, que ofreció un premio por la «carrera nacional,» ganado por el caballo *Pegaso*, perteneciente al señor Bujareo. Consistia este premio en un magnífico servicio de té de plata maciza, compuesto de cinco piezas ricamente cinceladas. P. P.

BOLIVIA

COLONIZACION Y AGRICULTURA

POR LEON FAVRE CLAVAIROS, CONSUL GENERAL DE FRANCIA, ENCARGADO DE MISION EN BOLIVIA, Y VERTIDO AL CASTELLANO POR MANUEL JOSÉ TOVAR.

(Continuacion.)

Recorriendo estas comarcas tan ricas, pero tan estropeadas por la naturaleza, se sorprende uno de ver que en treinta años de independencia los distintos gobiernos hayan consagrado sumas tan considerables á un ejército sin el que habrian podido pasarse muchas veces (1), y que al mismo tiempo no se encuentre en su presupuesto un capítulo abierto para las comunicaciones de provincia á provincia.

Tampoco es sospechado siquiera el arte de puentes y calzadas. Cada camino está trazado á vuelo de pájaro, siguiendo en cuanto es posible la línea recta, sin cuidarse de las pendientes que hay que salvar. En los valles, el lecho del rio es un camino acabado, en el que basta con quitar las piedras que lo embarazan desde que cesan las aguas. Durante los tres ó cuatro meses de lluvia no hay ya camino de ninguna clase. Se hacen zanjas en las cuestas y ofrecen frecuentes peligros en los viajes; en cuanto á las quebradas surcadas en todo sentido por las avenidas, tampoco ofrecen una senda, y el viajero serpentea en su alveo, buscando los pasos menos pedregosos que cambian en cada creciente.

Se comprende que con semejante sistema los fletes deben ser mas que subidos. Esta es efectivamente una carrera insuperable que condena á cada provincia al aislamiento, impide toda idea de mejora y de cultura, toda industria de mercaderías pesadas y voluminosas, y recarga de gastos inútiles todos los productos europeos que han llegado á ser una de las necesidades del pueblo boliviano (2). Además, desde que una aglomeracion sobrepasa los límites ordinarios, sea por la reunion de un Congreso, á sea por la presencia de uno ó dos batallones, como la produccion se arregla naturalmente al consumo normal, hay escasez y todo sube de precio.

Si cada departamento recogiese lo suficiente para sí, se podria explicar, si no disculpar, esta indiferencia hácia la alimentacion pública. Pero no hay nada de esto. En tanto que las provincias de Tarija, de Santa Cruz y del Beni echan cada año á los caballos y al ganado los sobrantes de arroz, lentejas y garbanzos que no pueden consumir (3), Atacama, Oruro, la Paz y Potosí están obligados á sacar con grandes gastos de las provincias limítrofes, y aun del Perú, de Chile y de la república Argentina, los cereales y demás artículos que su suelo no quiere producir (4). Es evidente que resultando de los caminos carreteros la rebaja del flete, tendria por resultado cierto facilitar la exportacion de las provincias exuberantes, y aplicar al desarrollo de su agricultura las sumas que van á enriquecer anualmente las repúblicas vecinas.

Nada puede dar una idea mas exacta de la inmensa pérdida que causa á Bolivia esta falta de vias de comunicacion, que el exámen rápido de sus cambios con el exterior.

En 1846 (1) la Paz compra al Perú en artículos alimenticios. . . . . 592,900 ps.
Y le vende: en coca, tabaco, chocolate, café y fruta. . . . . 52,028 ps.
Oruro compra al Perú en líquidos y otros géneros. 68,700
Y vende al extranjero en lanas. 3,500
Al Perú, en sebo, jabon, carnes saladas y grasas. . 13,000
Cochabamba compra al Perú: en líquidos, pescados secos y otros artículos. 57,500
Y le vende en harinas, jabones, tabaco, etc. . . . 57,200
Atacama compra del extranjero y principalmente de Chile en víveres. . . . 62,042
Potosí compra de la república Argentina en mulas, caballos, burros, bueyes, jabon, tabaco, cochinilla y otros artículos menudos. 246,600
Y le vende 1,200 cestos de coca y dos quintales de chocolate. 14,000
Suma. . . . . 1.027,742 ps. 139,728 ps.

Esta es una suma de mas de un millon de pesos que sale de la república para satisfacer sus necesidades mas imperiosas, y que producirian, y aun mas, las ricas provincias de Cochabamba, Tarija y Santa Cruz, si las vias económicas hicieran posible el trasporte. ¿No es vergonzoso ver que el ganado de la república Argentina alimenta no solo á Potosí, sino tambien á la Paz, mientras que las provincias de Caiza, de Sauces y del Azero, crian á mas bajo precio y con las condiciones de proximidad mucho mas ventajosas? El secreto de esta importacion anómala no está en otra cosa, sino en el camino que conduce de Salta á Potosí por los altos valles que el ganado y las tropas caballares pueden atravesar, sin encontrar esas cuestas terribles que hacen enflaquecer y perecer en algunos dias la tercera parte de los animales que vienen del Este de Bolivia. Buenos caminos y bien conservados harian cesar este tributo; no hablamos del camino de hierro del Pilcomayo, que poniendo en comunicacion las provincias del Beni y de Santa Cruz con el Oeste de la república produciria una revolucion económica. Bolivia, por su desgracia, aun no está para eso.

Sin embargo, la luz es tan viva, que es muy necesario que acabe por iluminar aun á los mas pertinaces. Los cuadros oficiales contienen pruebas sérias y positivas que deben triunfar de las preocupaciones funestas que han embarazado hasta aquí el desarrollo del pais. Acabamos de ver que Bolivia pide á sus vecinas, para su alimentacion, un millon de pesos que ella podria producir. Pero el mal hecho á su agricultura es mucho mas considerable.

Tomemos en efecto las Memorias oficiales de 1846 ya citadas, y encontraremos en ellas una importacion general que llega á 3.772,881 pesos (2). Ciertamente, Bolivia es un pais favorecido por la naturaleza: su suelo exuberante de fertilidad da un café que creemos igual al de Moka (3), una pepita que excede en mucho á la tan celebrada del de Guayaquil, tabaco, cochinilla, todas las gomas, todas las maderas de tintura, todas las sustancias medicinales, arrojadas con profusion por la Providencia en las zonas tropicales.

¿Se creerá sin duda que su agricultura tan vírgen, tan rica en producciones variadas, deberia bastar para la subsistencia propia y además para pagar sus compras hechas al extranjero? Júzguese por el cuadro siguiente:

Productos agrícolas vendidos segun las cantidades ya especificadas (1). . . . . 136,228 ps.
Lanas. 3,500
Quina, 4,000 quintales. 160,000
299,728 ps.

A esta miseria se reduce en la exportacion la industria agrícola que deja importar del extranjero un millon de pesos para la manutencion del pais (2).

Pero al menos, ¿esta diferencia de 3.473,153 pesos será el producto de la industria minera? En suma, poco importa que el trabajo general se aplique á fecundar uno u otro ramo de la riqueza nacional. Si quedan estacionarios los agricultores, los mineros bastan á pagar las deudas de la patria encontrando todavía en ello el beneficio inherente á toda operacion comercial. No somos del modo de sentir de aquellos que creen que Bolivia se empobrece expidiendo al extranjero los *duros*, cuya extraccion ha hecho vivir una porcion considerable de la nacion y dado al gobierno una utilidad neta de 227,347 pesos (3).

El estadista de Bolivia, señor Dalence, nos va á dar la respuesta.

Hé aquí el cuadro del producto de las minas del mismo año 1846 (4).

Plata introducida á la moneda. . . . . 1.912,911 ps.
Plata que se supone haber salido de contrabando. 40,000
Oro introducido á la moneda. 87,620
Oro exportado por la aduana. 7,864
Oro que ha salido de contrabando. . . 2,500
Cobre fundido. 16,600
Cobre en barrilla exportado. 246,000
Estaño. 18,000
De modo que añadiendo á esta suma, la de los productos agrícolas que es. . . 299,728
Encontramos. 2.631,223
Es decir, un déficit de. 1.141,658
Sobre la importacion general que es de. 3.772,881 ps.

Así pues las minas, á pesar de su riqueza, son insuficientes; y para que la nacion pueda pagar lo que consume, y sin lo que no puede pasarse, es menester que encuentre en otra parte que en sus productos el saldo que su trabajo no le costea. ¿De dónde toma esta diferencia? De su capital acumulado de trescientos años á esta parte, capital que no se renueva y que se agota cada dia.

El señor Dalence calcula que este déficit constante ha llegado de 1825 á 1846 á la suma total de 15.816,128 pesos (5).

Repetimos que los dos millones de pesos arrancados á las entrañas de los cerros dejan un beneficio real al pais; pero añadimos que si los caminos carreteros en el interior y los ferro-carriles hasta el Paraguay, permitiesen la exportacion agrícola, el producto de la tierra cubriria al momento los gastos generales y aumentando la importacion en toda la diferencia de la produccion, el pais encontraria en sus propios recursos el remedio del vacío espantoso que ahonda la marcha antinormal á que está ligado sin que parezca inquietarse por ello.

Añadamos á las consideraciones que preceden un hecho que probará por sí solo la necesidad de estos caminos.

El suelo cultivable seria, segun el señor Dalence (6), de 35,479 leguas cuadradas que para servir de término de comparacion con las leguas francesas debe aumentarse en 2 vigésimos ó sea 4,435, lo que da un total de 39,914 leguas cuadradas. Así es, que para una superfi-

(1) El señor Dalence (pág. 365), analizando el presupuesto de 1846 se encuentra, que el ejército absorbe la mitad de las rentas públicas, ó sea 864,932 pesos. En el año siguiente, segun la Memoria del ministro de la Guerra, llega este dispendio á 1.780,000 pesos.—Segun la Memoria al congreso de 1855 los gastos del ejército fueron:

En 1852..... de 1.013,666 pesos.
En 1853..... de 1.141,926
En 1854..... de 1.251,136

El total de los ingresos no llega mas que á 2.308,889 pesos, segun el cuadro de los ingresos que anualmente tiene la Hacienda pública (Memoria del ministro de Hacienda al congreso de 1855); por lo que se ve que los cálculos del señor Dalence han continuado verificándose en las mismas proporciones. ¡Qué magníficos caminos no se habrian construido en treinta años aplicando á esto la mitad solamente de estos gastos!

(2) En presencia de estos hechos se queda uno estupefacto, al ver la apatía de los gobiernos para cambiar un estado tan perjudicial al pais. Una compañía francesa habia hecho proposiciones sérias para abrir caminos carreteros con condiciones cuya ventaja para Bolivia no se podia negar. Ellas fueran rechazadas sin dar siquiera el motivo, y sin que esta compañía hubiera podido obtener del gobierno el indicar las bases de un contrato. — Un presidente contestó á una persona que le instaba á pensar en caminos: «El comercio es el que debe aprovechar de ellos; si quiere caminos, sabrá bien cómo hacérselos;» y al mismo tiempo se rehusaba todo privilegio y toda garantía á las sociedades industriales que pretendian encargarse de ellos.

(3) Dalence, pág. 270.

(4) Atacama importó en 1846... 31,468 qq. de cereales.
Oruro..... 116,228 id. de id.
La Paz..... 1.807,598 id. de id.
Potosí..... 3,000 bueyes.
(Dalence, pág. 271.)

(1) Dalence, pág. 39 y siguientes.

(2) Dalence, pág. 303:
Efectos de ultramar. ..... 2.457,781 ps.
Mercurio..... 300,000
Al Perú..... 698,700
Al Chile..... 68,400
A la república argentina... 248,000
3.772,881 ps.

No hemos podido proporcionarnos datos sobre la cantidad á que ascienden las importaciones de los demás años, pero fundándose sobre el valor de los derechos percibidos, se debe creer que estas importaciones difieren poco. En efecto, las tarifas quedan las mismas, y no variando mas el género de las mercancías importadas porque corresponden á necesidades directas y constantes, se puede establecer una regla de proporcion racional, basada en los derechos de aduana. — Pues bien, hé aquí las cantidades que hemos podido recoger.

Derechos de aduana percibidos.

1832..	366,237 ps.	1842..	250,000 ps.	1852..	352,621 ps.
1839..	237,944	1846..	328,000	1853..	289,617
1841..	243,205	1847..	237,964	1854..	407,852

En 1853, fué ocupado Cobija por los peruanos, lo que explica la disminucion de este año y el aumento del siguiente.

(3) El de Apolobamba, que es de un gusto exquisito.

(1)
La Paz..... 52,028 ps.
Oruro..... 13,000
Cochabamba..... 57,200
Potosí..... 14,000
136,228 ps.

Es cosa muy notable ver que Potosí vende á las provincias argentinas la coca y el chocolate, que ciertamente no los produce, pero que los ha recibido de los Yungas de la Paz. Por pequeña que sea esta exportacion, da la medida de la extension que podria tomar, si los caminos carreteros vinieran á poner la baja en el flete.

(2) Se diria que acompaña una especie de fatalidad á todos los esfuerzos tentados para explotar las riquezas abandonadas como inútiles, con que tan pródigamente ha sido dotada Bolivia. Un ciudadano, el señor Ugalde, pidió en 1849 una autorizacion para fabricar el *caoutchouc* que abunda en el Beni. Asegura el haber estudiado en el extranjero todo lo relativo á esa industria, haciendo á su respecto viajes largos y costosos, que lo han conducido á utilizar una materia en la que nadie antes que él habia ni aun pensado en Bolivia: se le piden muestras: las suministra despues de una série de dilaciones de bufete. El se cree, en fin, posesor de una autorizacion que debia compensar tantos sacrificios. Pero no habia contado con el viento de las perturbaciones políticas que dispersa tantos elementos preciosos. Violentamente expulsado de su pais, languidece en el destierro, y cuando la mesura de una administracion nueva le permite volver á su pais, cuando trata de reanudar sus interrumpidos trabajos, y reclama el privilegio al que tenia derecho nueve años antes; los experimentos se pierden, y es preciso empezar con nuevos gastos la série de experiencias hechas ya antes del destierro. ¡Cierto, que esto es profundamente triste, y sobre todo muy desalentador para el espíritu activo que quiere la salvacion de su pais por el trabajo!

(3) Dalence, pág. 361.

(4) Dalence, pág. 297.

(5) Dalence, pág. 306.

(6) Dalence, pág. 53.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

cie de 25,243 leguas cuadradas (1), la Francia posee 10.896,682 propietarios, y Bolivia solamente 5,135 hacendados, y 106,132 terrenos de comunidad; total 111,262 propiedades rurales (2).

¿Pero quizá estas propiedades dan un producto igual á las labores francesas, y proveen ampliamente á todas las necesidades? Se calcula en Francia diez millones de cabezas de la raza bovina, tres millones de caballos, treinta y dos millones de corderos y cinco millones de puercos; pero como ocho corderos ó cinco puercos equivalen á una cabeza de ganado mayor, se obtiene un total de diez y ocho millones (3), cantidad que se considera en Europa como pequeña, porque la Inglaterra produce tres veces mas.

En Bolivia el suelo cultivado es de 5,864 leguas cuadradas, ó sea, reduciéndolas á leguas francesas 6,597. Si igualase la produccion, no á la de la Gran Bretaña, sino solamente á la de Francia, se deberia tener 4.704,116 cabezas de ganado mayor, en tanto que, reducidas segun el cálculo arriba expresado, no se encuentra mas que 1.066,492 de ellas (4).

Así, con un suelo de una fertilidad incontestable y de pastos infinitamente superiores, apenas llega Bolivia á una cuarta parte de la cantidad que debia obtener para estar al nivel de la cria de Francia. Aun haremos observar que especificando el total de su produccion bovina, se advierte que los departamentos del Beni y de Santa Cruz, llenan por sí solos casi la mitad de la produccion general (5), y que siendo imposible la exportacion de estas provincias, el consumo de 340,000 cabezas está repartido entre 126,987 habitantes, en tanto que el resto de la república, es decir, 1.246,909 habitantes no puede consumir mas que 340,000 cabezas (6). ¿Será preciso hacer uso de otros argumentos para dar la medida de la necesidad de un camino de hierro que reuna el Este con el Oeste, y de los inmensos beneficios que serian su consecuencia? ¿Además, estos cálculos no son otra prueba matemática del márgen dejado á la inmigracion aun en las partes menos fértiles de la república?

Se concibe en efecto, que en los paises en que hay superabundancia ó que por lo menos producen lo absolutamente necesario para su subsistencia, la inmigracion reduce su trabajo á la cultura industrial, hasta la formacion de nuevas comarcas de consumo. Ciertamente que el campo es vasto y la tierra bendita, porque el Oran produce tallos de maiz de cuatro metros de altura con cuatro ó cinco espigas de mas de cuarenta centímetros de longitud, y la cosecha se hace allí dos veces al año. Pero creemos que la inmigracion está llamada á recoger resultados mucho mas prontos. Se trata desde luego de suministrar á Bolivia el 1.027,742 ps. de artículos alimenticios que demanda al Perú, á Chile y á las provincias Argentinas; de llenar en seguida el déficit de 1.131,658 pesos que deja la exportacion sobre la importacion: y en fin, de criar los 3.337,624 cabezas de ganado mayor, que el suelo cultivado debia dar y que la poblacion actual podria consumir. Porque valiendo un buey por un precio medio diez pesos, este producto equivaldria á la enorme suma de 33.376,240 pesos (7), lo que unido á los dos déficit precedentes, ofrece un total de 35.545,640 pesos que la inmigracion está llamada á producir, y cuyo consumo está asegurado de antemano.

¿Qué falta pues para esto?

Un ferro-carril en el valle del Pilcomayo, y caminos carreteros en el interior.

La posibilidad del railway no es dudosa, pero tal vez el cuadro que tenemos delineado de las nerviosidades rocallosas de la cordillera podria dejar de creer, que el establecimiento de vias carreteras fuese imposible en Bolivia.

Este seria un grave error.

Sin duda, habria que hacer un primer desembolso bastante considerable, porque frecuentemente se trata de salvar colinas escarpadas; pero las mas veces esta no es mas que una cuestion de distancia. Prolongando algunos kilómetros, se puede encontrar pasos fáciles ó rodear los obstáculos. En las quebradas, en donde generalmente está abierto el camino, el encajonamiento serviria á la vez para proteger el suelo y para proporcionar caminos por mas arriba de las aguas. Durante nueve meses del año, no habria, por decirlo así, necesidad de gastos de conservacion. En tiempo de lluvias se trataria de reparar las grandes averías, que un sistema adaptado á la naturaleza del suelo podria prevenir en parte. Serian indispensables algunos puentes, pero serian pocos. En el estado actual la rapidez de la corriente y el choque de los pedrones y de los árboles flotantes hacen imposible la travesía de toda avenida; pero como la profundidad es siempre mediana, si se adoptase el sistema de los diques atravesados submersibles, desapareceria la rapidez, lo mismo que los pedrones corrientes, y bastaria empedrar cuidadosamente todo el trecho del camino bañado por el torrente. Por lo demás es claro que deberia ser el primer gasto el de un ingeniero europeo.

¿No bastan las consideraciones precedentes para probar la incontestable necesidad de modificar prontamente un régimen que conduce á la ruina? ¿y se encontrará un solo hombre á quien no haga impresion lo inminente del peligro? Tenemos la conviccion de que la mayor parte de los bolivianos ignoran estos hechos, y que el dia en que se esparza la luz, será imposible que la opinion pública no arrastre al gobierno, sea cual fuere, á la via que debe seguir el pais. Esto es lo que explica nuestra robusta fe en el porvenir de Bolivia tan comprometido hoy.

§ 2º — *Mecanismo agrícola. — Comunidades de indios. — Arriendo. — Terratenientes. — Producto.* — En otro tiempo pertenecia el suelo en Francia casi exclusivamente á la nobleza y al clero; el vecindario se ocupaba mas bien del comercio y de las artes, y el hombre de campo dependia de un señor. La revolucion del 89 cambió radicalmente estas condiciones de la economía social, y la particion de tierras que tuvo por consecuencia, ha hecho que se adopte casi universalmente en el dia el modo de cultivar por pequeñas partes.

Justo seria pensar que las mismas causas debian producir iguales resultados, y que el retracto de los bienes de los conventos y la interdiccion de los mayorazgos hubiesen abierto la puerta de la posesion al labriego boliviano como al francés. Efectivamente, entre nosotros, solo los bienes de los ricos se confian en arriendo, y la inmensa mayoría de los propietarios se compone de simples cultivadores, mas ligados tal vez á su porcioncilla de tierra que el señor á su castillo. Por otra parte, la posesion levanta la dignidad del hombre, y la ansia que el labrador francés pone en conseguirla, tal vez no es mas que una protesta instintiva contra el abatimiento que pesó sobre él durante tantos siglos sucesivos.

Es que en Francia nada separa esencialmente al hombre de campo de las otras clases, y la diferencia de nivel creada por la casualidad del nacimiento, se compensa siempre por la inteligencia y el trabajo.

En Bolivia, los elementos son muy distintos. Cuando los españoles conquistaron el Perú, despues de haberse distribuido el oro, dividieron las tierras, pero la Europa no habia enviado mas que guerreros, y esta reparticion habria sido vana sin los brazos que debian fecundizarla. Se asignó en consecuencia á cada provincia, cada canton y cada hacienda, adjudicadas como participacion en la victoria, el número de aldeas de indios, necesario para la explotacion de las superficies concedidas. Acostumbrados al mandato de sus caciques, á hacer á su vez el servicio de los palacios y de los templos, se doblegaron sin dificultad á la autoridad de los nuevos señores, y se agruparon en torno suyo como lo habian hecho con el inca.

(*Se continuará.*)

(1) *Encyclopédie du XIX siècle*, pág. 668, apuntada en 1834. En 1854 el número de las cuotas de rédito era de 13.122,000.

(2) Dalence, pág. 235.

(3) Debemos estos datos á la extremada atencion de un agrónomo distinguido, M. Jacques Valserres.

(4)	Bueyes		787,325
	Corderos	3.000,938 ó sea el 1/5	375,117
	Llamas	836,842 ó sea el 1/5	104,605
	Puercos	160,249 ó sea el 1/2	32,050
	Caballos y mulas		67,395
			1.366,492
(5)	Santa Cruz		201,128
	Beni		139,528
			340,656

(6) Dalence, pág. 202.

(7) El precio medio de 10 pesos da un cálculo exacto para el precio de las otras crias. Tenemos 3.998,029 cabezas de corderos, llamas y puercos equivalente á 511,772 cabezas bovinas que á diez pesos valdrian 5.117,720 pesos; pues que valiendo, los corderos un peso, las llamas un peso cuatro reales y los puercos por lo general ocho pesos, tenemos una cantidad de 6.138,193 pesos, superior por consiguiente á la avaluacion de los bueyes.

Revista de la moda.

SUMARIO. — Dónde está la moda. — El establecimiento de Fecamp. — Trajes á la órden del dia. — Coleccion de vestidos para la princesa de Solms. — Un vestido de 10,000 frs. — Actualidades: los vestidos siameses y los spahis. — El sombrero finlandés. — Dos sombreros de tarlatana y un sombrero Luis XV. — Trajes de baile fotografiados en el Casino de Fecamp.

Baños de mar de Fecamp.

¿Dónde está la moda? Viaja del mar á los establecimientos de aguas minerales, y de estos á las casas de campo. Así los trajes son muy originales y caprichosos. Para cada punto una moda diferente. El establecimiento de Fecamp es el Versalles de los baños de mar; no se ha edificado nada semejante. El hotel y el casino se han construido segun el estilo de Francisco I y al estilo morisco; el hotel tiene reminiscencias de Rambouillet, y el casino las tiene de la Alhambra.

Dentro de algunos años, cuando Fecamp sea conocido y apreciado como debe serlo, reunirá á los bañistas mas aristocráticos, y todos los ricos extranjeros le preferirán á Dieppe.

Los salones son de un lujo parisiense. Arañas de cristal de Bohemia, esculturas orientales, cuyos dibujos han sido hechos por M. Sabatier, director del establecimiento, adornos de toda clase, nada falta.

Todos los sábados hay un gran baile donde se lucen preciosos vestidos de gasa y de tarlatana.

Pero dejemos á Fecamp con sus bailes, sus comedias, sus fiestas y sus placeres, y pasemos revista á los trajes mas en boga, para lo cual voy á consultar á *madama Gauguin*, modista americana muy en favor actualmente.

Madama Gauguin acaba de hacer para la princesa de Solms una coleccion de vestidos que se ha llevado á su casita rústica de Aix en Saboya.

En esta coleccion figura un vestido de muselina blanca bordada, que ha costado 10,000 francos en la Exposicion universal. Nunca he visto cosa semejante. ¿Cómo describirle? Las flores y las hojas se destacan en relieve sobre la muselina. Parece que se tocan las rosas, que son blancas y de un trabajo en el que se ven reunidos todos los puntos del bordado.

La modista debe sacrificar todo adorno en presencia de esta magnificencia industrial, y así lo ha hecho; pero sin embargo, ha sabido poner una sombra de oro que realza esta asombrosa tela.

Ha dispuesto el vestido del modo siguiente: primero, con un gran volante forrado de tafetan Ofelia que lleva el borde rizado de crespon Ofelia y recortado; luego, con una segunda falda forrada y rizada del mismo modo, y en fin, con una túnica abierta por el lado y redondeada en delantal con lazo de cinta.

El vestido tiene dos cuerpos, uno subido y otro escotado.

El primero lleva mangas fruncidas y abiertas en el interior de los brazos, en tanto que la manga está cerrada con una vuelta de bordado. Es un modo inteligente de enseñar un brazo redondo y torneado sin que lo parezca; la manga sola será culpable de coquetería y no la hermosa princesa. El cuerpo escotado lleva un camisolin negro y tirantes de cinta Ofelia que caen en largas cintas sobre el delantal del bordado.

Habia además en la coleccion:

Otro vestido de baile de tafetan verde adornado en el bajo con un volante de Malinas tan alto como si fuera punto de Inglaterra; es una cosa única. Encima del encaje por toda la falda, una gruesa ruche de crespon verde recortado. Sobre esta primera falda, túnica de tafetan con largas puntas chinescas ilustradas con una ruche de crespon verde, y un volante de Malinas que sigue las sinuosidades de cada punta. Es un vestido de ma ndarina... parisiense.

— Un vestido siamés ¡cosa imposible! de gasa de Chambery blanca con una falda Imperio adornada de tafetan maiz y volantes de gasa. El cuerpo siamés es de tafetan maiz con bandas que caen sobre la falda.

Por último, habia un vestido blanco de tarlatana con volantes menudos guarnecidos de cinta verde Isly, con una túnica oriental que describe el talle y se abre sobre el delantero del cuerpo y de la falda.

En cuanto á novedades del dia, se hacen vestidos de foular de las Indias guarnecidos de botones y cordones de paja.

— Sicilianas de popelina de seda gris adornadas de tafetan pensamiento con casaca y pequeño cuerpo abierto, abrochado por delante sobre un fondo de bordado.

— Vestidos y confecciones de alpaga color salmon con entredos de guipure negra.

— Paseos de mañana de batista cruda con bordado blanco y borlas pendientes de la capucha árabe.

— Napolitanas blancas y azules para trajes de baños de mar; y finalmente spahis de foulard bordado de encarnado, ó de cachemira encarnada bordada de blanco.

Vemos pues que la moda no se duerme ni aun en verano.

Pero no es todo aun, pues los he visto primorosos para Paris, Baden y Fecamp.

¿He hablado del sombrero finlandés? — No hay nada mas juvenil y mas gracioso, y en la duda quiero describirle otra vez aunque ya lo haya hecho.

El sombrero finlandés es de paja de Italia con encaje negro que cae sobre los ojos; nada mas gracioso que este encaje que vela la mirada. Sostiene el encaje un cordon de paja que se enrosca en una trenza de terciopelo negro y que se anuda por detrás, en tanto que por delante remata en el borde del ala con un ramillete de flores y frutas.

Este mismo sombrero finlandés se hace de paja inglesa con cordon de cinta negra, y tambien le he visto de paja de arroz con cordon de terciopelo verde, y sobre el ramillete una mariposa de pedrerías.

Recomiendo este sombrerito á mis graciosas y amables lectoras.

Para concluir con los sombreros, tengo que señalar dos á cual mas modernos.

El primero es de tarlatana blanca forrada de crespon malva, con fondo flojo listado de entredos de Valenciennes y de lacitos de terciopelo malva. Al borde del ala adorno de rosas de tarlatana que se repiten en el interior; nada mas suave y vaporoso.

El segundo es de crespon Hortensia con fanchon de blonda estilo Luis XV, que adorna el borde del ala, y se recoge de lado con un ramito de hortensias.

Ya que he dicho que se bailaba en Fecamp, no extrañareis que os envie la descripcion de algunos trajes de baile fotografiados del natural.

El primero es un vestido de gasa azul de Chambery con doble falda. La primera va adornada con cuatro volantes rizados, y la segunda recogida en túnica con ramas de follaje. El cuerpo lleva una berta rizada con fichu de follaje. En medio se abre un grueso ramillete de pensamientos. Mangas rizadas con bullones de tarlatana. En la cabeza corona de pensamientos y ramaje blanco.

El segundo es blanco de tarlatana y de tul ilusion en forma de musgo sobre la tarlatana con volantes de Chantilly. Encima de cada volante grueso ruló de tafetan purpurino. Berta con drapería de tul y de tarlatana con volante de encaje negro, sostenida con un ramillete de amapolas. Tocado de amapolas. Albornoz blanco de cachemira orlado de terciopelo purpurino.

El tercer traje es de gasa de Chambery fondo blanco sembrado de ramitos de rosas Trianon. El bajo de la falda lleva cuatro volantes con un sesgo de tafetan rosa. El último volante tiene un grueso rizado de tafetan. Sobre esta falda cae una túnica recogida de lado con un lazo rosa. El cuerpo lleva tirantes y un volante pequeño. El tocado consiste en gruesas rosas abiertas con mariposas verdes.

El último traje es de tul blanco muy hueco, todo sembrado de botones de oro y de margaritas de color purpurino. Cuerpo de tul adornado de flores. Tocado Luis XIV, bucles rizados y guirnalda de botones de oro y margaritas encarnadas.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Agosto.

Agosto, sexto mes del año de Rómulo y el octavo del de Numa y de nuestro año moderno, se llamó *sextilis* por el lugar que ocupaba en el año de Rómulo y conservó este nombre en el año de Numa.

Augusto le dió su nombre de *Augustus*, de donde viene *agosto*. Este mes y el de julio, cuyo nombre proviene de Julio César, son los únicos que conservan los nombres que les dieron los emperadores. Abril se llamó durante algun tiempo *Neroneus*, mayo *Claudius*, etc.

El cambio del nombre de *sextilis* por el de *Augustus*, tuvo lugar cuando Augusto dió la última mano á la reforma del calendario emprendida por César; las razones que dió para ello fueron los principales sucesos del reinado de Augusto, que se verificaron en el mes de *sextilis*, como su primer consulado, sus tres triunfos, la conquista del Egipto y el fin de las guerras civiles. Rómulo dió á este mes treinta dias y aun veinte y nueve, pero Julio César le dió treinta y uno.

El sol durante este mes recorre ó parece recorrer la mayor parte del signo del zodiaco llamado Leo, y hácia el fin entra en el signo de Virgo; pero hablando propiamente, es la tierra quien recorre el signo de Acuario opuesto á Leo.

Entre los romanos Céres era la divinidad tutelar de este mes. durante el cual se hace la cosecha en Italia. En este mes tenia lugar en Roma la fiesta de los Perros, en la que crucificaban á uno de estos animales porque los perros no se habian despertado cúando los galos sorprendieron el Capitolio.

Los ingleses llaman al primer dia de agosto *Lammasday*, es decir, *fiesta del Cordero*, sin duda por una costumbre que existió antiguamente en el condado de York; todos aquellos que tenian tierras de la iglesia catedral estaban obliga los á llevar en ese dia á la iglesia cuando la misa mayor, un cordero vivo para la ofrenda.

Nuestro dibujante, M. Walcher, nos hace asistir á la cosecha que principia por lo comun á fines de julio y se prolonga hasta muy entrado el agosto. El amo preside á las faenas campestres; unos siegan los trigos, otros los ponen en gavillas; las mozas conducen á la aldea las caballerías cargadas con el precioso grano. Hasta los chicos se hacen útiles recogiendo las espigas que se caen.

Todas estas tareas son duras y penosas, pero se soportan con paciencia, pues de la recoleccion depende el bienestar del invierno.

El labrador no está satisfecho hasta que tiene encerrada su cosecha. Escuchemos lo que dice Virgilio sobre los trabajos campestres:

« Céres fué la primera que enseñó á los hombres á labrar la tierra cuando el fruto de los árboles y la bellota de las selvas sagradas comenzaban á faltar, y Dodona negó á los mortales su fácil alimento. En breve el trabajo debió venir en ayuda á las simientes; el tizon roe los trigos; los campos se erizan de cardos; las cosechas languidecen y mueren, y en su lugar se eleva todo un bosque de espinas. Si armándote con el rastrillo no atormentas incesantemente la tierra, si no provocas ruidos que espanten á los pájaros, si no haces desaparecer las sombras que se extienden sobre tus campos, si no llamas la lluvia ardientemente, ¡ay! en vano contemplarás las hermosas cosechas de tus vecinos; tendrás que apaciguar tu hambre sacudiendo las encinas de la selva. — *Georgicas*, Libro I. »

Si todo el mundo se agita en los campos, los que están en la granja no permanecen ociosos. Así vemos á una bonita niña subiendo gavillas al granero; sus manitas no abarcan mucho á la vez; pero hace lo que puede, y en caso de desgracia, ya el labrador tendrá eso en salvo.

La urraca en estos dias tan ocupados no sale de su jaula de mimbre, nadie se acuerda de ella, y en vano repite contínuamente su frase favorita.

En fin, para coronar dignamente el cuadro, el autor ha querido ilustrarle con el mas precioso ramillete que se puede imaginar. Esa graciosa mezcla de frutos y de flores es un brillante grupo de los dones de la naturaleza; la amapola y la espiga se enlazan graciosamente y nos prometen la abundancia, la alegría y la felicidad.

Los Editores-propietarios responsables : X. de Lassalle y Mélan. Paris. — Typ. Walder, calle Bonaparte, 44

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte